



José Ramón Ayllón

bam
bú

Etty

en los barracones

Amor y amistad en tiempos de Hitler

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2018, José Ramón Ayllón
© 2018, Editorial Casals, SA
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Las cartas de Etty han sido extraídas del libro
El corazón pensante en los barracones
(traducción de Natalia Fernández Díaz).
Barcelona: Anthropos, 2005.

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Carmen Segovia

Primera edición: febrero de 2018
ISBN: 978-84-8343-548-9
Depósito legal: B-29860-2017
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Agosto de 1942

La chica enviada por el Consejo Judío se ha presentado hace tres horas, cuando el sol moría en lo alto de la ladera. El sonido amortiguado de sus tacones me anunció que venía por el pasillo desierto del barracón de oficinas. Al llegar a la última y leer «Supervisor del campo», se detuvo en el umbral de la puerta abierta. Sentado frente a ella, inclinado sobre una mesa de escritorio, lápiz en mano, yo repasaba a conciencia las columnas de un cuaderno de asientos después de haberme equivocado varias veces. Me dolía la cabeza y tenía por delante otras dos horas de rutina burocrática, así que me excusé por no levantar la vista.

–Deme unos segundos y termino de cuadrar esto.

–Por supuesto, señor.

–Puede llamarme Korman, señorita.

–Sí, señor Korman.

A pesar de mi ropa gastada y de frisar los treinta, la gente del campo suele llamarme señor Korman, incluso

algunos guardias. Parece el tratamiento adecuado para un tipo alto y con voz grave, calvicie prematura, gafas de contable y, sobre todo, un trabajo importante en las oficinas que controlan el flujo de judíos en Westerbork.

Fiel a mis rutinas apagué el flexo, levanté la cabeza, me ajusté las lentes y sonreí. La muchacha permaneció plantada en el umbral, sin moverse un milímetro, pero me devolvió la sonrisa en la penumbra del pasillo.

–Disculpe. Puede pasar y sentarse, señorita...

–Esther Hillesum. Pero puede llamarme Etty, señor Korman.

Su voz era clara, con entonación musical y alegre. Tomó asiento en la única silla disponible, al otro lado de la mesa. Me miró unos instantes con el busto erguido y la expresión serena. Después levantó la vista y reparó en los cuatro autorretratos colgados en la pared, a mi espalda. Volvió a mirarme con detenimiento y sonrió.

–Agradecemos su presencia en Westerbork, Etty. ¿Ya está usted alojada?

–No del todo. Acabo de dejar mi maleta en el barracón de las enfermeras.

–¿Tiene experiencia con enfermos?

–Solo un curso de primeros auxilios en el hospital Braunfels. Mis estudios en la universidad –añadió Etty con tono de disculpa– han sido Derecho y Filología Eslava.

–Aprenderá rápidamente, no se preocupe.

–Eso espero.

–¿Qué le gustaría saber sobre Westerbork?

–Todo lo que pueda, señor Korman, pero de momento me conformaré si me dice quién manda en el campo.

–Veo que es usted práctica. Hasta la semana pasada mandábamos los nueve jefes de los barracones masculinos. Pero la ocupación alemana ha convertido el campo de refugiados en campo de prisioneros, bajo la autoridad absoluta del comandante nazi. Es él quien nombra a los kapos.

–¿Los kapos?

–Me refiero a judíos con funciones policiales, seleccionados entre los prisioneros de peor calaña.

–¿Y los jefes de los barracones, señor Korman?

–Ahora hay jefes y kapos con competencias diferentes. El más importante de los jefes es el supervisor Boris Maikov, una especie de *primus inter pares*.

–¿Es ruso?

–Un ruso que ha perdido todo en la vida, salvo a su hijo Vitali. Le llamará la atención la energía y la autoridad que posee. Usted me ve ahora en su oficina porque a menudo le echo una mano con esta pila de papeles.

–¿Quiere que le ayude, señor Korman?

–Gracias, no se preocupe. Es un trabajo pesado, pero tiene su recompensa. Si la burocracia funciona, el campo funciona. Además, lo que en realidad contienen estos papeles no son datos fríos, sino personas con derechos y dignidad.

–No se me había ocurrido –reconoció la muchacha.

–Por otra parte –añadí–, este destartalado cuarto es un buen refugio cuando la agitación y el desorden pesan demasiado.

–¿Qué hacen exactamente los jefes, señor Korman?

–Digamos que nos corresponde organizar la vida en el campo: horarios, suministros, distribución de trabajos, es-

colarización, actividades lúdicas... A diferencia de los kapos, no somos prisioneros y hemos sido nombrados por el Consejo Judío.

–¿Con algún criterio especial?

–Por supuesto. El Consejo ha valorado la capacidad de entenderse en tres lenguas, la experiencia en organización de grupos, haber estado en el frente o en prisión, gozar de buena salud y tener formación universitaria.

–¿Por qué universitarios?

–Creo que este requisito obedece al único mérito que todavía reconocen los nazis. De hecho, cuando tienen que tratar con nosotros se arrugan ante un médico, un ingeniero o un catedrático. Supongo que nuestra cualificación les impide mirarnos como a ratas judías.

Más que escuchar, Etty parecía grabar mis palabras como si estuviera ante el oráculo de Delfos.

–Me ha parecido, señor Korman, que el ambiente de Westerbork es muy internacional.

–Así es. Quien quiera aprender idiomas lo tiene muy fácil aquí –bromeé.

–Hasta ahora, todo lo que yo sabía de Drente es que era una región con dólmenes prehistóricos. Y, de repente, me encuentro con un campo rodeado de alambradas, donde viven refugiados alemanes y gente que ya ha estado en Buchenwald o en Dachau. Me han dicho que hay bávaros, sajones, frisonos, limburgueses..., y toda esta variedad concentrada en un espacio mínimo.

12 –La realidad suele ser así de variopinta, señorita. Pero muy pocos la conocen.

–Pienso lo mismo, doctor. Para ordenar tantas impre-

siones, me gustaría saber algo de usted, siempre que no lo tome como una intromisión.

–En absoluto. Pero llevo encerrado demasiado tiempo entre estas cuatro paredes. Si le parece, salimos y caminamos unos minutos. ¿Prefiere campo o ciudad?

–No le entiendo...

–Podemos caminar entre el bullicio de los barracones o pisar la hierba de la ladera.

–¡Ah! Prefiero la hierba, gracias.

Caía la noche cuando cerré la oficina. Después eché el candado al portón y nos encaminamos hacia la pradera inclinada que cierra Westerbork por el oeste. Su rectángulo ondulado tiene la extensión de un pequeño campo de fútbol, y en las esquinas respetadas por el balón la hierba es alta en agosto, salpicada de amapolas, margaritas y altramuces. Mientras cruzábamos el canal reanudé mi explicación.

–Como usted sabe, ETTY, en la perversa valoración de un nazi lo más detestable del mundo es un judío; por debajo del judío, un polaco; a continuación, un austriaco, especie de eslabón perdido entre el mono y el hombre. Pues bien, yo soy las tres cosas.

–¿Polaco y austriaco, señor Korman?

–Sí. Tengo la doble nacionalidad por haber nacido en Varsovia y por haber vivido en Viena desde muy niño. Respecto a mi tercera seña de identidad, cuando cumplí diez años mi padre me explicó lo que significaba ser judío: «Recuerda que perteneces a un club del que no se dimite», concluyó gravemente.

Al otro lado del canal están los barracones femeninos, y detrás arranca un sendero hacia los álamos que coronan

la ladera. Arriba, por el camino paralelo a la alambrada, logré resumir mi agitada vida en pocos minutos. Ahora Etty conoce mi nacimiento en Polonia, el exilio de mis padres a Austria cuando yo tenía cuatro años, mis estudios de medicina en Viena, mis prácticas de psiquiatría en el hospital Rothschild, la inesperada muerte de tu madre después del parto...

Nuestra familia

¿Por qué te cuento esto, Daniel? Aunque ahora estarás aprendiendo a hablar, algún día serás capaz de leer y entender lo que escribo, y quiero que a partir de ese día puedas entrar en Westerbork y en Europa con solo abrir este cuaderno. Lo acabo de empezar, casi con la obsesión de que tú y otros muchos lectores podáis comprender esta época desquiciada, alimentaros de la memoria y el sentido en un mundo que nunca será igual después de las atrocidades que ahora se están cebando sobre él.

Llevo mucho tiempo retrasando estas páginas, hasta que la llegada de Etty Hillesum esta tarde me ha brindado un buen comienzo. Pensaba que sería una tarea árida, pero estoy notando que la escritura me libera de la presión del campo y del dolor de cabeza. Para empezar por el principio, debo decirte que toda la región de Drente parece un gigantesco bosque con árboles de mil familias. Nuestra propia prisión está escondida entre enormes castaños y

robles. Para encontrarla, hay que seguir una retorcida trocha hasta una empalizada. Toda su puntiaguda cresta está coronada por alambre de espino que cae hacia ambos lados como una parra exuberante. En su interior se aprietan pequeñas casas de madera y grandes barracones oscuros. En el centro de cada uno de los barracones hay una estufa, como un ídolo de ancha barriga, pero en las noches más frías de invierno, cuando la luna baña el campamento con su luz congelada, los presos no consiguen dormir, y los reflejos encendidos del ídolo bailan en sus pupilas.

–Las enfermeras me acaban de decir que tiene usted un hijo en Norteamérica, doctor Korman...

–Así es. Se llama Dan y ya tiene tres años.

Pensé que a Ety le bastaría esa respuesta, pero su silencio era una invitación a continuar. Había caído la noche y caminábamos bajo la luz metálica de las torretas de vigilancia.

–Me casé con Vera en mayo del 38. En junio se casó su hermana Mila con Jerzy Vajda.

–Veo que son austriacas con gustos polacos...

–Vivían en Graz. Eran chicas cultas, vivaces y viajeras. Años atrás habían pasado la mitad de un verano en la aldea de sus abuelos polacos, en las tierras donde se remansa el Vístula. Al atardecer solían pasear con sus amigas por la orilla del río, en un tramo recto que facilitaba el saludo ostensible de un grupo de muchachos aficionados al piragüismo. Así se sonrieron por primera vez Mila y Jerzy.

–¡Qué bonito, señor Korman!

–Cuando se casaron, él ya enseñaba historia de Europa en la Universidad Jaguelónica, la que en su día tuvo como

profesor a Copérnico. Meses más tarde, Hitler invadió Polonia. La Jaguelónica buscó entonces contratos extranjeros a sus profesores judíos y les facilitó los correspondientes pasajes. Jerzy, con su inalterable buen humor, ya se veía con Mila a bordo de un crucero, en una segunda luna de miel. Por entonces nació su pequeño Andrej, en Varsovia, y quince días más tarde vino al mundo mi hijo Dan, en Viena.

—¡Felicidades! —exclamó Etty con entusiasmo.

—Muchas gracias. Jerzy también me felicitó por teléfono y aludió a nuestras vidas paralelas. Tenía razón. Pero con el inesperado fallecimiento de Vera, por una septicemia sobrevenida al parto, saltó por los aires esa simetría feliz y se hundió mi mundo estrepitosamente.

—¡No me lo puedo creer!

—Así es la vida, señorita Hillesum. Y un médico lo sabe mejor que nadie.

—Lo siento de veras, doctor.

Media luna aparecía y desaparecía entre las nubes, mientras descendía la temperatura. Etty caminaba en silencio, ligeramente inclinada hacia delante, con las manos atrás y la mirada clavada en el suelo.

—Quizá la estoy abrumando, señorita.

—Siga, por favor.

—¿No se aburre?

—En absoluto, doctor.

—De la noche a la mañana, mi vida se tornó insostenible, antinatural. Con mi título de médico sin estrenar, me encontré viudo y padre de un recién nacido.

—¿Qué se piensa en esas situaciones?

–De todo, y por eso prefiero no mencionar las cosas que pasaron por mi cabeza.

–Disculpe mi curiosidad, señor Korman. ¿Llegó la luz en medio de esa noche cerrada?

–Tuve mucha suerte. Jerzy y Mila me enseñaron que en las situaciones más duras se puede revelar lo mejor de las personas. Aunque cueste creerlo, mi cuñado polaco decidió que su pasaje a Nueva York iba a ser para mi hijo Dan, y convenció a su esposa.

–¿Qué dijo Mila?

–Lo aprobó y se embarcó en Gdansk con los dos bebés.

–Y llegó a América...

–No lo sabemos. Suponemos que todo habrá ido bien. Mi cuñada es una mujer valiente y con recursos.

–Me deja sin palabras, doctor. ¿Qué hizo usted entonces?

–Hice lo que pude. Como es sabido, en los países ocupados por Hitler el deporte de moda son las redadas de judíos. Por eso, a la primera oportunidad me largué a Varsovia, con Jerzy. Son las ventajas de haber nacido en Polonia y poseer la doble nacionalidad. Allí viví unos meses en su casa. Pero el peligro de ser detenidos y encarcelados era grande. Después de sopesar todo tipo de alternativas, nos pareció que el refugio en el gueto sería la menos mala. Eso fue en octubre del 40.

El gueto de Varsovia

— **H**e oído hablar mucho de ese gueto, señor Korman, pero es usted el primer prisionero que conozco.

—Y yo me alegro de estar vivo para contarlo. ¿Qué cree que encontramos al ingresar? En un espacio delimitado por un muro de tres metros de altura y dieciocho kilómetros se hacinaban cuatrocientos mil judíos de todas las edades. Representábamos la tercera parte de la población de Varsovia, pero ocupábamos el tres por ciento de su territorio.

—¿Cómo está ahora el gueto?

—No lo sé, aunque tengo claro que merecerá un capítulo en la historia universal de la infamia. En cuanto Jerzy y yo sospechamos que habíamos caído en una trampa, decidimos largarnos a un país libre. Nos inclinamos por Holanda porque conocíamos la existencia de Westerbork. Una vez allí, ya nos las ingeniábamos para llegar a América.

—Por lo que veo, lograron escapar.

–No fuimos los únicos. ¿Quiere que le cuente una fuga masiva e increíble? Los nazis tenían pavor a una epidemia de tifus y dieron permiso para entrar y salir del gueto a una experta enfermera polaca. Se llamaba Irena. Lo curioso es que también se apañaba como fontanera, pues conocía bien las tuberías y las alcantarillas del recinto.

–No era judía, claro...

–Tanto como usted y como yo. Pero no lo parecía porque era llamativamente rubia. Llegaba siempre impecable, de los zapatos a la cofia, y demostró una extraordinaria sangre fría. ¿Qué cree que hacía en realidad? Sacaba bebés escondidos en su maletín de enfermera y en el fondo de su caja de herramientas.

–¿Y conseguía que no lloraran?

–Resolvió ese problema con bastante ingenio. Y no solo sacaba criaturas. Para aprovechar los viajes, llevaba en la caja de su camioneta un saco de arpillera para niños mayores. Junto al saco, montaba guardia un enorme perro entrenado para ladrar a cualquier uniforme nazi. El perrazo ladraba hecho una fiera y ocultaba, con su escándalo, el llanto de los bebés. Se decía que Irena había salvado a más de dos mil en menos de un año.

–Me impresiona esa mujer, señor Korman. ¿Qué sentiría después de cada rescate, al acostarse por la noche?

–Creo que es fácil de suponer, señorita Hillesum.

–Me gustaría ser capaz de cosas parecidas, en medio de estos tiempos tan revueltos. Pero aún no me ha contado cómo escaparon del gueto usted y Jerzy.

–Resultó más fácil de lo que imaginábamos. Gracias a un oxidado bisturí y a la fuerza de Jerzy, aficionado al re-

mo y al boxeo, nos deshicimos de una pareja de las SS durante su guardia nocturna. Después de vestirnos con sus uniformes, salimos caminando por el control principal, quejándonos de la lluvia en perfecto alemán.

–Y llegaron a Westerbork...

–Tras unas cuantas peripecias y mucha suerte. Pero eso se lo contaré otro día, Etty. Ahora debo volver a la oficina y ganar mi batalla contra los números.

–Deje que le ayude, señor Korman.

–No es necesario, créame. Prefiero que duerma y descanse.

La luna reinaba sobre Westerbork cuando bajamos la ladera, y el canal resplandecía como metal bruñido. En la noche de agosto, silenciosa y apacible, el olor de los campos de heno inundaba el campamento dormido. Acompañé a Etty hasta el portón de la zona femenina.

–Nos veremos mañana, señorita Hillesum.

–Ha sido un placer, doctor.

El campo de Westerbork

T¿e han gustado mis páginas de ayer, Daniel? Te seguiré escribiendo algunas noches, aislado en esta oficina donde el silencio y la concentración se encuentran sin esfuerzo. Vengo casi a diario, después de cenar con los jefes y comprobar que mi barracón duerme. Soy ave nocturna a la que bastan cinco horas de sueño para estar en forma. Ese plus me permite dedicar mucho tiempo a la lectura y la pintura, mis grandes aficiones, y ahora a contarte esta historia.

Aunque apenas conozco a Etty, mi ojo clínico me dice que estoy ante una personalidad poco común. Hoy ha sido su «presentación en sociedad». A primera hora se ha pegado a la enfermera supervisora y ha conocido lo que será su tarea habitual en los próximos meses. Desde media mañana se ha familiarizado con los archivos de los módulos femeninos. Al caer la tarde ha venido a mi oficina con dos pocillos de té bien cargados, se ha interesado por la biografía de Lincoln que estoy leyendo y me ha preguntado

por la historia de Westerbork, que solo conoce a grandes rasgos.

—¿Campo o ciudad, señorita Hillesum?

La risa de Etty explota un instante e ilumina la escena.

—Siempre campo, doctor Korman.

Hemos vuelto a pasear por el camino de los álamos. Lleva el pelo recogido hacia atrás, como para despejar la cara y definir su expresión. Todo en ella está vivo y me parece realmente hermosa. Pasan las nubes y el sol brilla de nuevo sobre la hierba amarilla de la ladera. Etty se pone un rústico sombrero de paja y ala ancha, antes de preguntarme cómo surgió el campo. En su semblante en sombra sigue destacando la blancura de su sonrisa. Le cuento que Westerbork ha estado abierto desde octubre del 39, y que toma su nombre del pueblo más cercano, situado a quince kilómetros por la carretera de Utrecht. El gobierno holandés lo creó al inicio de la guerra, para acoger a los judíos que escapábamos de los territorios ocupados por el ejército nazi.

—Llegábamos con lo puesto. Andrajosos, demacrados, el miedo bien metido en el cuerpo. Y declarábamos ante la policía holandesa sin papeles que acreditaran nuestra identidad, pues los habíamos destruido a propósito.

—¿Decían la verdad?

—Éramos profesionales de la mentira. Tras escapar con vida de Rusia, Polonia, Austria o Alemania, estábamos decididos a no ofrecer jamás pistas sobre nuestras familias. De esa forma, si los nazis nos atrapaban algún día y pretendían tirar del hilo, los sabuesos seguirían un rastro que no llevaba a ninguna parte. Todos los interrogatorios eran similares.

- »—¿Cómo se llama usted?
- »—Adam Bernstein, señor.
- »—¿Dónde vivía?
- »—En la villa de Balice, Cracovia.
- »—¿Profesión?
- »—Era el cartero de la comarca.

»Pero Adam Bernstein vivía en Varsovia, era joyero y se llamaba Zacarías Grossman. Que no eran precauciones caprichosas lo pone de manifiesto lo ocurrido tras la reciente ocupación de Holanda, pues la semana pasada, de la noche a la mañana, Westerbork cambió por completo: si el lunes nos acostamos refugiados, el martes nos levantamos prisioneros del Reich.

—¿Puede contarme lo que ha pasado exactamente, señor Korman? Creo que la ocupación nazi podrá ser soportable en Holanda, pero me temo que no por los judíos.

—Ya lo está viendo, Etty. La llegada de una compañía de las SS ha transformado el campo en un *lager*: un presidio aislado del mundo por un muro de hormigón, con alambrada de alta tensión. Desde entonces, su medio kilómetro cuadrado está constantemente vigilado por esas torretas negras, provistas de reflectores, altavoces y ametralladoras. Ahora, a todas horas te sientes amenazado por la oscura silueta de esos guardias.

—¿Puedo seguir preguntando, señor Korman?

—Todo lo que quiera.

—¿Aunque mi curiosidad no tenga límite?

En las palabras de Etty me pareció apreciar un matiz de picardía.

–No se preocupe. Es importante que usted entienda cuanto antes lo que tiene entre manos.

–Entonces debo preguntarle si Westerbork era muy diferente antes de los nazis.

–Era otra cosa. Hace tres años, cuando llegué con Jerzy, el poblado estaba a medio construir. Tan solo una veintena de casitas se dibujaban en su brezal de veinte hectáreas. Eran viviendas de madera con tejados rojos. No había barracones. Tampoco alambradas siniestras ni torretas de vigilancia. Bastaban unos tramos de valla baja, unidos por apretados setos de boj y de laurel.

–¿Para cuántos refugiados?

–En cada casa solía vivir una familia, y el conjunto sumaba algo menos de dos mil personas de todas las edades.

–¿No está idealizando su recuerdo, señor Korman?

Si no fuera por la ignorancia de Ety, la pregunta sería ofensiva. Por eso pude responder sin apasionamiento.

–No estoy idealizando, señorita. Esas familias vivían, en gran medida, de su trabajo en las casas de campo de los alrededores. Ahora se ha sustituido esa ocupación libre por el forzado tendido de una vía férrea. ¿Y sabe usted en qué condiciones?

–No exactamente, señor Korman.

–Pues mire, antes de que el sol asome, los hombres y las mujeres capaces de manejar un pico y una pala salen del campo en formación, después de escuchar todos los días el mismo sermón del jefe de la escolta armada: «¡Atención, prisioneros! ¡Durante la marcha hay que respetar la formación! ¡Caminad sin dejar demasiada distancia, pero tampoco demasiado juntos! ¡No se os ocurra cambiar de

fila! ¡No habléis ni miréis a los lados! ¡Las manos siempre a la espalda! ¡Un paso a derecha o izquierda será considerado como intento de fuga, y la escolta disparará sin previo aviso!».

–No imaginaba esa crueldad, señor Korman.

–Bueno, en realidad la escolta no dispara nunca. Su mera posibilidad de hacerlo es la mejor medida disuasoria. Además, los perros hacen innecesario el uso de las armas. Están perfectamente adiestrados para lanzarse sobre el primer recluso que dé un paso fuera de la fila o se quede rezagado por agotamiento.

–¿Y qué hace un perro cuando ataca?

–Primero se abalanza sobre su presa y la derriba. Después gruñe con rabia sobre su cara descompuesta y atrapa en sus mandíbulas su mano derecha, mientras el prisionero grita y se debate.

–¿No le destrozan?

–No es necesario. Le desgarran la ropa sin tocar la carne, y así le aterrorizan hasta que su amo le coge del collar y le aparta con fuerza.

–Ya veo, señor Korman, que he sido estúpida al suponer que estaba usted idealizando.

–Podría idealizar, señorita Hillesum, si le hablo de la maestra Frida, cuando en las horas calurosas de marzo abría las ventanas a la primavera, que llegaba hinchando las cortinas como las velas de un barco. En el aula de los pequeños entraba entonces el olor de la tierra y la algarrabía de los gorriones, el paso de un caballo y el chirriar del carro.

–¡Magnífico, doctor!

–Gracias. Puedo idealizar si cuento la mitad de la verdad con un toque poético. Pero la idealización desaparece en cuanto añado que los judíos de Westerbork formábamos parte de la inmensa marea de europeos desplazados de sus hogares por la guerra, y que ya entonces soñábamos con el fin de la contienda, con la victoria de los aliados y una nueva vida al otro lado del Atlántico.

–¿De verdad soñaban con América?

–Y muchos seguimos soñando, señorita. Nuestro resentimiento contra el Viejo Mundo, acumulado durante siglos, se desborda de forma natural hacia el Nuevo. Nuestra tierra de origen ha dejado de ser el cálido centro del mundo y nos parece ahora una especie de inhóspito suburbio del universo. Algunos no queremos volver a un país que nos ha abandonado y perseguido; sentimos que no tenemos una patria a la que regresar, ni el corazón anclado en ella. Ítaca nos ha traicionado, y, en mi caso, Penélope ha muerto.

–Veo que la historia se repite, señor Korman. «Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos acordándonos de Sión», dice el salmista. Ahora nos sentamos junto al canal a soñar con América.

–Mejor no lo ha podido expresar, Ety. Anhelamos un país donde la vida canta a la vuelta de cada esquina, donde la libertad y el esfuerzo hacen posible cualquier cosa.

–Sí. Me han dicho que hay ancianas yanquis convencidas de que, con el entrenamiento adecuado, pueden participar en una carrera de cien metros y ganarla.

–De todas formas, abandonar un hogar es muy duro. Recuerdo que los niños pequeños llegaban a Westerbork

llorando. Cuando se cansaban de llorar, permanecían en silencio durante días. Solo entonces empezaban a jugar, se olvidaban de su casa y se adaptaban a la nueva vida.

—¿Y los adultos, doctor?

—Los mayores, con sentimientos encontrados, no logran olvidar sus orígenes. Y en ciertos casos, cuanto más tiempo pasa, más añoranza sienten de su antiguo pueblo, de la ciudad que han abandonado, de las montañas y los paisajes que vieron sus ojos durante décadas, de los ríos y pastizales donde rumiaban sus ovejas...

—Sin embargo, doctor, la llanura de Westerbork también es un hermoso tapiz.

—Pero no tiene nada que ver, por poner el caso de algunos de nuestros vecinos, con los montes y las colinas de Austria y Alemania, con sus casonas y sus caminos, con las espadañas de sus iglesias y ermitas...

—A pesar de todo, está claro que superaron la nostalgia.

—Por supuesto. Tuvimos que poner la añoranza en su sitio y trabajar duro. Con el tiempo, ese esfuerzo de todos dio sus frutos. Al cabo de un año no vivíamos en la Arcadia, está claro, pero disponíamos de farmacia y hospital, escuela primaria y secundaria, compañía de teatro y orquesta de cámara. Teníamos también panadero y fontanero, cerrajero y carpintero, médico y rabino. Contábamos con costurera y modista, con maestra, enfermera y comadrona.

—Veo que supieron organizarse, doctor.

28 —Hay que reconocer que nos apañábamos. Nada nos faltaba, ni siquiera dinero: lo ganábamos en las granjas y alquerías de los contornos. Aunque apenas lo usábamos,

pues entre nosotros practicábamos el trueque. Comíamos de nuestro trabajo y no sufríamos trabajos forzados. Nos gustaba el orden y vivíamos con dignidad...

–Hasta que, hace unos días, llegaron los nazis, ¿verdad?

–No solo los nazis, señorita Hillesum. El miedo llegó con ellos y se instaló sobre el campo como una niebla oscura que se colaba en casas y barracones, hasta abrumarnos incluso durante las horas de sueño. Desde entonces, el bonito cuadro que acabo de describir ha sido borrado por brochazos violentos.

Van Gogh

—¿Le gusta pintar, señor Korman?

Me hizo gracia la asociación de ideas.

—La verdad es que me gusta y me descansa mucho. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Lo he supuesto por los retratos de la oficina. Son suyos, ¿verdad?

—Sí, y se reirá si le aseguro que más de una vez he tenido que aclarar que no se trata de los supervisores anteriores a Boris. ¿Quiere saber por qué elegí a Durero, Rembrandt y Van Gogh?

—Supongo que tiene que ver con el misterio de su mirada. Al menos, es lo que tienen en común y lo que más llama la atención.

30 —Lleva razón. Cada persona es un mundo, pero ese mundo asoma por sus ojos más de lo que pensamos. En los ojos de Durero se pueden ver viajes y países enteros, además de una turbadora seguridad en sí mismo. El an-

ciano Rembrandt, en cambio, nos mira con la inseguridad del que ha caído desde lo más alto y ve cercana la muerte.

–¿Y Van Gogh, doctor Korman?

–Como psiquiatra, me enfrento a su mirada doliente con frecuencia. Veo en ella, además del fracaso como pintor, el dolor insoportable de la soledad. Cuando Kate Vos rechaza su amor, Vincent se hunde y escribe algo tan verdadero como hermoso: «Es necesario que una mujer sople sobre ti para que seas hombre».

–Realmente bonito.

–En su caso, bonito y dramático. ¿Sabe usted, además, que Van Gogh pintó novecientos lienzos y solo vendió uno?

–Algo había oído. Supongo, entonces, que tuvo que soportar una carga excesiva...

–Sí. Sobre todo para un artista genial y un hombre esencialmente bueno.

Nos quedamos en silencio. Desde nuestro camino alto se divisan los extensos brezales de Drente, la campiña recién segada, granjas con enormes tejados de musgo, robles que el sol de la tarde convierte en bronce refulgente, hombres y caballos diminutos como pulgas, senderos blancos. Este paisaje le parecía a Van Gogh incomparable. A veces lo disfrutaba montado en una carreta, de madrugada, cuando las gallinas empezaban a cacarear en las casitas de la landa y el amanecer parecía, por el este, la luz de un gran fuego que ardía bajo el borde del mundo.

–Ustedes han cultivado esos campos, ¿verdad, doctor?

–Los hemos trabajado durante años, hasta la semana pasada. En primavera yo mismo me arremangué para manejar la azada algunos días. Recuerdo el olor intenso de

la tierra limpia y oscura. Después vino una gran cosecha, con granos tan pesados que doblaban las espigas. La siega se prolongaba por las noches en una carrera contra las lluvias. No había hombres y caballos suficientes para tanta faena, y a veces tuve que acompañar a Boris, amontonando lo que cortaba su guadaña.

Etty camina a mi lado y me escucha con atención, mientras pasea la vista por el horizonte. Cuando llegamos a la torreta de la esquina y damos media vuelta, repara en una amapola al borde del sendero. Se sienta junto a ella y la toma en sus manos. El sol que declina envuelve a la muchacha en su luz dorada. Hay también en la escena un sombrero en la hierba, una mirada lejana y unos largos mechones que dan vida a un semblante pensativo.

—Fíjese, señor Korman, qué rojo estrepitoso el de esta flor. Y qué insignificancia en medio de un mundo tan vasto, con mares, montañas, glaciares, desiertos... Es solo una sílaba de belleza en el texto grandioso de la creación. Como nosotros en el río de la historia, supongo. Pero así está bien, satisfecha con el canto del mirlo o de la alondra, igual que yo.

De Nerón a Hitler

—¿**Q**ué tiene el mundo contra los judíos, doctor Korman?

A estas alturas tú también te estarás preguntando, Daniel, por qué los judíos hemos sido perseguidos durante siglos, y encerrados en guetos y campos de prisioneros en nuestra época. Te adelanto que la respuesta no es sencilla y habrás de esforzarte en leer con atención lo que sigue.

La historia te enseñará que el emperador Nerón hizo arder la ciudad de Roma por los cuatro costados; después acusó a los cristianos de incendiarios, desató contra ellos la ira popular y decretó su persecución a muerte. Ese tipo de acusación se ha repetido contra nosotros en innumerables ocasiones, desde hace casi cuatro mil años.

En tiempos de Moisés, un faraón dijo a su gente: «El pueblo de los hijos de Israel es ya más numeroso y fuerte que nosotros. Deberíamos actuar astutamente contra él,

para que no siga creciendo y, si se declara una guerra, se unan a nuestros enemigos, peleen contra nosotros y luego abandonen el país».

¿Qué crees que hicieron los egipcios? Nos obligaron a construir las ciudades de Pitón y Ramsés, y para ello nos impusieron el durísimo trabajo de la arcilla y el ladrillo, bajo capataces inhumanos. Pero ahí no acabó la cosa, pues el faraón dio órdenes bien claras a las comadronas hebreas, que se llamaban Puá y Sifrá: «Al asistir a vuestras mujeres en el momento del parto, si es niño debe morir».

La estirpe judía, Dan, bien puede ser la más antigua del mundo y también la más vapuleada. En las páginas de la Biblia puedes leer su historia violenta y fascinante, sin posible comparación con la de otros pueblos. Cuando sepas detalles de la esclavitud en Egipto y la deportación a Babilonia, intuirás que los dolorosos vaivenes de tu familia pueden tener sentido al enlazar con un pasado terrible y heroico. Comprenderás por qué tu padre, siendo un ciudadano libre, huyó de Alemania y de Polonia *in extremis* y se refugió en Holanda, mientras tú surcabas el Atlántico para arribar a la nueva tierra prometida americana. Y, cuando veas a Rut segando los campos de Booz, podrás entender por qué tu tía Mila quizá ha tenido que barrer y fregar las escaleras y los suelos de Brooklyn.

Nuestro último carnicero (y mi mano tiembla al escribir su nombre) se llama Adolf Hitler. Tu tío dice que, si Nerón fue un psicópata, Hitler es un personaje diabólico. Pero en sentido real, no figurado. Jerzy piensa que estamos ante un títere del mismísimo Satán, pues de otra forma sería inexplicable la magnitud de su despropósito.

¿Qué ha podido causar la aparición de semejante monstruo? ¿Qué ideas han envenenado su cabeza? Todos nos hemos hecho con frecuencia esas preguntas y hemos aventurado diversas respuestas. Lo que está claro es que, en los años posteriores a la Gran Guerra, en una Alemania encrespada por el paro, ahogada por la inflación, endeudada, empobrecida y hambrienta, el dinero de los banqueros y comerciantes judíos podía resolver muchas cosas. La justificación de la violencia antisemita fue muy burda: fuimos acusados de haber aprovechado la guerra para enriquecernos con la usura, los monopolios y la especulación en bolsa. El último paso fue echar sobre nosotros la responsabilidad de la derrota alemana.

Por repugnante que resulte, estas patrañas fueron abrazadas por la mayoría de los universitarios alemanes, muchos de los cuales serían, años más tarde, mandos de las SS y de la policía. Eso significa que Hitler cultivó una tierra previamente abonada. Quiero decir que aglutinó y radicalizó un sentir común antijudío muy fuerte. Jerzy me da un dato apabullante: en 1933 ya había en Alemania cuatrocientas asociaciones y setecientas publicaciones antisemitas. Eso explica, en parte, la indiferencia, o mejor sería hablar de complicidad, de una sociedad que miró para otra parte cuando las leyes de Núremberg prohibieron las relaciones sociales y económicas con los judíos.

Para tu tío, la historia de Alemania pone de manifiesto, entre otras enseñanzas, el peligro de permitir que la vida académica se politice, porque cuando eso ocurre se contaminan las fuentes de la verdad. Al proclamar su adhesión al nazismo, profesores de derecho, historia, filosofía y lite-

ratura han hecho de la universidad un invernadero donde crece pujante el mito nacionalsocialista.

Boris compara a Hitler con Stalin. Los dos son perfectamente ateos, no dudan de sí mismos, se muestran implacables en las relaciones personales y prefieren la fuerza al diálogo. Adictos ambos a la ingeniería social, creen que es posible desterrar y reubicar a millones de seres humanos con palas de excavadora.

Ya que tu padre es psiquiatra, Daniel, te brindo mi diagnóstico: Hitler es un psicópata, un tipo herido en su juventud por la soledad y la frustración, con la oportunidad de vengarse ahora del mundo.

El abuelo de Boris

—**P**erdón si interrumpo —dijo Etty con timidez, a modo de saludo.

Al término de su segunda jornada en Westerbork, después de cenar y de informarse, la nueva enfermera se tomó la libertad de presentarse en el Palace, la pequeña casa de madera donde nos alojamos los nueve jefes. Hasta el momento, ninguna mujer del campo lo había hecho. Para llegar hasta nosotros, pasó entre una higuera y un serbal, subió los dos escalones del mínimo porche, encontró una puerta abierta y entró literalmente hasta la cocina, donde las cenas se suelen alargar con sobremesas mucho más sabrosas que las sopas habituales.

Aunque no había empezado a anochecer, una aparición femenina en el Palace tendría que haber acaparado toda nuestra atención. Sin embargo, Etty se topó con un grupo extrañamente silencioso, en torno a una tosca mesa de madera. Un grupo que ni siquiera se molestó en volver la cabe-

za y saludar. Si la indiferencia es un pésimo recibimiento, me temo que yo fui el menos educado, pues me apresuré a mirar a la chica y llevarme el índice a los labios, sin más explicaciones. Pero había una explicación, por supuesto, y era que, dos minutos antes, Boris había comenzado a hablar.

El bielorruso es famoso entre nosotros tanto por sus silencios como por su inagotable provisión de historias. Puede pasar dos horas sin abrir el pico, atento o ajeno a la conversación común. Pero también puede, en el momento más inesperado, apurar su vaso de vodka y pronunciar las tres palabras que eclipsan de inmediato cualquier tema: «Esto me recuerda...». Dicen que Lincoln solía hacer lo mismo, pero estoy seguro de que el presidente americano no poseía ni la mitad del magnetismo de nuestro amigo. A veces sospechamos que hace trampa y no cuenta sus vivencias, sino escenas literarias de sus novelistas preferidos: Chappell, Tolstoi, Dostoievski...

–Esto me recuerda –acababa de decir Boris– al problema que tuvo mi abuelo Timofei con un oso. El viejo vivía en las orillas de un pequeño lago de montaña, a cinco o seis kilómetros de Volhov. Por su granja correteaban gansos y gallinas, sesteaba una vaca, engordaba un cerdo y sudaban dos caballos de tiro. Cuando cumplió ochenta años, habló con Masha, su mujer, y convinieron en que los animales suponían un trabajo excesivo para sus menguadas fuerzas. Así que los vendieron en una de las ferias del pueblo. Eso sí, para distraerse se reservaron media docena de manzanos en el amplio huerto de la trasera.

»El caso es que, por entonces, los comunistas habían elegido jefe comarcal del Partido a un tal Kirikov, una de

las escopetas más famosas de la región. Eso explica, en parte, su decisión de repoblar con osos caucasianos los bosques de la zona. “Los osos no van a traer nada bueno”, profetizó mi abuelo. Y lo cierto es que los hechos se encargaron de darle la razón, pues uno de ellos se atrevió a merodear por el lago, con gran susto de varios granjeros. Además, ya sabéis lo que pasa con los osos del Cáucaso, que les encantan las manzanas, y también los manzanos, donde afilan sus garras.

»Un día mi abuelo vio dos manzanos con la corteza destrozada, y supo que esos árboles se le morían sin remedio. Durante décadas, había sido un cazador muy célebre. Le gustaba salir a cualquier hora del día o de la noche y disparar contra lo primero que se moviera: un ciervo, un conejo, una nutria, una marmota... Supongo que habría sido capaz de salir a cazar gamusinos, si hubiesen abierto la veda. Por eso, nada más ver que dos de sus manzanos se morían, descolgó la escopeta. Cuando el guardabosques conoció sus intenciones, le explicó bien claro que los tiempos habían cambiado: ahora ya no se podía matar un oso a tiros, aunque se hubiera metido en tu propiedad. Pero mi abuelo era tozudo como una mula de las de antes, y dio tanto la murga que, al final, los del Servicio Forestal se avinieron a cercar el huerto y sus manzanos. Después de dos semanas de trabajo, habían levantado una sólida empalizada de dos metros de altura. Al despedirse, mi abuelo movió la cabeza gravemente y exclamó: “Muchachos, este vallado de juguete no va a impedir que ningún oso se coma mis manzanas”.

»No habían pasado dos días cuando salió a igualar el seto y descubrió a un oso sentado en uno de sus árboles.

El bicho le miró sin inmutarse, como si fuera el dueño de aquel árbol y de todos los bosques de la Unión Soviética. Mi abuelo lo maldijo entre dientes, escupió con rabia y se fue hacia el animal, resuelto a clavarle en la yugular las tijeras de podar. Pero el ladrón se escurrió por la empalizada y desapareció en la maleza. Nuevas quejas al guardabosques dieron como resultado la elevación de la empalizada hasta los cuatro metros. Teníais que haber visto el mamotreto: parecía un castillo inexpugnable. Pero una semana más tarde el mismo oso estaba sentado en el mismo árbol, dueño y señor del huerto. Solo cuando mi abuelo gritó, gesticuló y lo amenazó con su bastón, bajó de un salto y brincó como un gimnasta hasta un tronco que sobresalía sobre su cabeza. Allí tomó de nuevo impulso y, ¡hop!, salvó la empalizada limpiamente, como si hubiera dedicado toda su vida a ejecutar el mismo número de circo.

»A pesar de su enfado, mi abuelo reconoció la belleza de aquel salto. Después, fue en busca del guardabosques y se limitó a comunicarle que había decidido acabar con el plantígrado. A tiros, por supuesto. Nada de trampas. De hombre a hombre. El guarda escuchaba y negaba con la cabeza, pero mi abuelo argumentaba que la propiedad era la propiedad, por muy comunista que fuera el oso, y que, además, su mujer ya no dormía por las noches, con la bestia campando por los alrededores. Ahí estaba exagerando un poco, pues mi abuela Masha nunca le tuvo miedo a nada, ni siquiera a su marido.

40 »No se sabe qué pudo empujar al guardabosques a plantear el caso en la sede comarcal del Partido, pero a las pocas horas volvió con un “de acuerdo, Timofei”. Mi abuelo no

perdió el tiempo. Pidió a los granjeros vecinos que estuvieran preparados para una batida, con las escopetas y los perros de caza a punto. La ocasión no se hizo esperar, y fue con las primeras luces de un día ventoso y desapacible. Mi abuelo alertó a los granjeros con la señal prevista: dos tiros de escopeta. Pero los tiros que reunieron a los cazadores ahuyentaron al oso. Mejor. Así se equilibraban las fuerzas. A pesar del viento, los perros encontraron enseguida el rastro y se pusieron a ladrar furiosamente y a correr. Los hombres pensaban que mi abuelo, con sus ochenta años a cuestas, se quedaría rezagado, pero pronto se dieron cuenta de que era más fuerte que ellos, y también que los perros.

»Apenas tuvieron que recorrer tres o cuatro kilómetros para dar con el oso. Lo encontraron subido a un árbol enorme, escondido en la tupida copa. Nunca habían visto nada parecido.

»—Creo que te corresponde disparar el primero, Timofei —dijo uno de los granjeros.

»—Yo disparo, si eso es lo que queréis —respondió mi abuelo.

»Y preparó su rifle, una pieza de museo que ni siquiera tenía mira. “Este oso no tiene de qué preocuparse”, pensaron todos.

»Pero mi abuelo dio un paso al frente, levantó el rifle y disparó sin apenas apuntar. El oso cayó a plomo con gran estrépito. La bala había entrado justo entre los ojos. El viejo cazador se acercó solo para comprobar que lo había dejado tieso.

»—La propiedad es la propiedad, grandullón —le espetó. Y escupió lleno de dignidad.

El estudiante ciego

Cuando Boris concluyó su historia, Etty se puso en pie e inició un aplauso al que se sumó la concurrencia. Nos sorprendió esa desenvoltura. Entre nueve desconocidos, no se sentía más cohibida que si fuera nuestra hermana pequeña. Pensé que había llegado el momento de cumplir con las formalidades, así que presenté a la muchacha como la nueva enfermera enviada por el Consejo.

–Algunos ya nos conocemos –exclamó Etty alegremente, mientras miraba a Otto Hoffmann, Max Cohen y Jopie Vleeschouwer.

Los tres médicos estrecharon su mano con una ligera inclinación de cabeza.

–Aquí tiene a quienes han levantado nuestro poblado: el ingeniero Werner Cohen y el arquitecto Clemens Hoffmann.

–¿Hermanos de Max y Otto? –preguntó Etty.

–Así es –respondieron los aludidos.

–Creo que el gran jefe no necesita presentación –dije señalando a Boris, que se levantó, alargó su poderosa mano y devolvió la sonrisa a Etty.

–El coronel Yakov, ruso, igual que Boris.

Leo Yakov se cuadró teatralmente con choque de talones y un «¡a sus órdenes, señorita!».

–Al último, pero no el menos importante, lo tiene usted enfrente: el profesor Jerzy Vajda, encargado de que nuestros niños y jóvenes tengan la mejor enseñanza posible.

–Es un placer, profesor. Con lo que me ha contado el señor Korman, parece que lo conozco de toda la vida. No esperaba un grupo tan interesante.

Se hacía tarde. En un intento de reparar nuestro recibimiento descortés, quisimos acompañar a Etty hasta la zona femenina. De camino, nos contó que había ayudado a las enfermeras por la mañana. Mientras recorría las camas del hospital masculino, un muchacho llamó su atención por el aparatoso vendaje que le cubría la cabeza. A los pies de la cama, en la cartela de identificación, pudo leer: «Dik Gosselt/Ceguera».

La enfermera de turno le puso al corriente de algo que acababa de conmocionar al campo. El muchacho llevaba prisionero menos de un mes. Por ser alto y de piel blanca, por sus rizos rubios y su expresión ligeramente desdeñosa, no había pasado inadvertido entre las chicas que lo habían visto. cursaba segundo de medicina en Ámsterdam y jugaba muy bien al fútbol. Días atrás, en un partido entre holandeses y alemanes, había disparado a puerta y estrellado el balón en la cara de un guardia alemán.

Temblando, Dik ofreció sus disculpas al soldado sin atreverse a mirarle. Ahí tendría que haber acabado el incidente, pero no fue así. El guardia le ordenó recoger el balón, que había quedado a sus pies. Cuando el muchacho se inclinó, un culatazo en la cabeza lo derribó sin sentido. Allí mismo, los intentos de reanimación no tuvieron éxito. Ya en el hospital, cuando despertó a la mañana siguiente, abrió los ojos como platos y aseguró que no veía nada.

–Intenté charlar con él sin conseguirlo –nos contaba Etty–. Cerraba los ojos y volvía la cabeza, no sé si por tristeza o timidez. No quería hablar, y quizá tampoco escucharme, así que respeté su silencio. Pero yo estaba decidida a demostrarle que nos tenía a su lado, que no lo abandonaríamos en su oscuridad. Comencé a desenrollar el vendaje de su cabeza, observé el hematoma y limpié la herida. Le pasé un paño húmedo por la frente y las sienes. Después, tomé su mano y le hablé al oído. Le aseguré que recobraría la visión, que con los años llegaría a ser un médico famoso y yo sería su enfermera. Me despedí con un beso. Al chico se le escapó una sonrisa dolorida y una lágrima. A mí también.

Habíamos llegado al portón del campo femenino.

–Gracias y buenas noches –dijo Etty–. Creo que me he puesto un poco sentimental. Me ha encantado la historia de tu abuelo, Boris. ¿Todas vuestras veladas son tan interesantes?

44 –Esta ha sido de las más aburridas –bromeó Jerzy–. La de mañana será mucho mejor.

–Entonces, si me dejáis volver, llegaré a la misma hora.

Etty había pasado del *usted* al *tú* con naturalidad. Apenas la conocíamos y ya nos estaba convirtiendo en sus amigos. En media hora nos había cautivado.

Al día siguiente, sin embargo, no volvió al Palace.

Poco después de dejarla en el portón, uno de los reflectores giratorios delató a una figura que avanzaba dando tumbos hacia el muro electrificado. La figura tropezó, cayó y se incorporó varias veces. Sería un judío borracho o un sonámbulo. Días atrás, los nazis habían prohibido acercarse al perímetro del campo después del toque de queda. Si desafiabas esa orden, nos habían asegurado que te abatirían desde la torreta más cercana. Si el guardia erraba el tiro y alcanzabas la alambrada, en ese mismo instante morirías electrocutado. Pues bien: loco, borracho, sonámbulo o suicida, aquí teníamos al primer provocador. El guardia le dio el alto con el megáfono, pero no logró nada. Entonces, su ametralladora crepitó y una ráfaga segó la vida de un joven con la cabeza vendada.

Por la mañana, Etty asistió al entierro del muchacho asesinado. La reducida comitiva que acompañó al féretro estaba integrada por una pareja de las SS bien armada, el médico que certificó la muerte, el kapo de su barracón, dos amigos y el rabino. Ha sido uno de los primeros entierros en el nuevo cementerio, alejado medio kilómetro del campo por razones de salubridad, en un tramo donde el canal se hace ancho y profundo, con un arbolado casi boscoso.

A la vuelta, se tumbó sobre la cama, lloró hasta mojar la almohada, se cubrió la cabeza con ella y se ausentó del mundo. Por la tarde, reanudó su trabajo con los enfermos. Al terminar, cenó con sus compañeras, salió a tomar el ai-

re, me vio en la oficina y entró. Se sentó sin decir palabra y me observó desde sus marcadas ojeras.

–Buenas tardes, señorita Hillesum.

Etty bajó la vista y habló con voz ronca y débil:

–Doctor Korman, permítame enseñarle lo que acabo de escribir en mi diario. O, si le parece mejor, se lo leo: «Estoy sentada junto a un canal apacible, con las piernas colgando sobre el muro de piedra, y me pregunto si mi corazón no estará ya tan cansado y gastado que no pueda volar nunca más como un pájaro libre».

–Su corazón volverá a volar mañana mismo, no se preocupe –afirmé con el deseo de resultar convincente.

–Pero usted me entiende, ¿verdad?

–Creo que sí.

–De hecho, doctor Korman, los corazones de todos los judíos holandeses han empezado a marchitarse hace meses. Usted conoce la realidad de este islote llamado Westerbork, pero a mí me gustaría contarle lo que pasa fuera.

–Fuera de Westerbork la gente es libre, Etty. La diferencia es bien grande.

–Solo en apariencia, doctor. Permítame leer otra cosa muy breve, algo que escribí a principios de junio: «Ahora parece que los judíos ya no podrán entrar en las tiendas de fruta y de verduras; que deberán entregar sus bicicletas; que no podrán subir más a los tranvías, ni salir de casa después de las ocho de la tarde. Me siento deprimida por estas disposiciones. Esta mañana, por un momento, las he advertido como una amenaza plomiza, que buscaba sofocarme».

Por aquellos días de junio, Daniel, comenzaron las re-

pues comenzó a trabajar para el Consejo Judío. Si todavía no te lo he dicho, el Consejo es el órgano de gobierno intermedio entre los nazis y los nuestros, en todas las ciudades. Es responsable, entre otros cometidos, de mantener el orden en los guetos y en los campos.

Gomulka

—**D**urante el entierro de Dik, un kapo no dejó de mirarme, señor Korman.

Al concluir la ceremonia, mientras Etty regresaba sola y cabizbaja hacia el campo, el kapo se puso a su altura y la dejó abochornada con una propuesta indecente.

—¿Sabe cómo se llama? —pregunto.

—Ahora no lo recuerdo, pero es corpulento y tiene cara de *bulldog*.

—Va a ser Kruger.

—Eso es. Se llama Kruger, doctor.

—Bien. ¿Qué le respondió usted?

—La ira y el miedo me dejaron paralizada. Al llegar al campo busqué a la enfermera supervisora y se lo conté.

»—Ahora mismo vamos a poner en su sitio a ese cerdo —me dijo.

»Yo no quería, pero insistió en que debía acompañarla.

—¿Y fueron a buscarle?

–Le encontramos en la vía del tren, jurando y pegando voces a un pelotón con picos y palas. Al ver acercarse a dos mujeres, escupió y vociferó que nos largáramos inmediatamente.

–Fueron ustedes muy valientes.

–Bueno, yo temblaba, pero la supervisora no se inmutó. Me tomó del brazo, subimos el talud de la vía, se puso frente al kapo, lo miró sin pestañear y le comunicó que no estaba dispuesta a tolerar ese tipo de abusos. Por un momento pensé que también le soltaría un bofetón.

–¿Qué respondió Kruger?

–Primero se quedó mudo, señor Korman. Después nos miró con desprecio mientras se hurgaba la oreja con un dedo y examinaba su hallazgo. Tenía los ojos vidriosos como los de un reptil y estaba bebido. Por toda respuesta soltó un eructo. Pero palideció cuando la supervisora lo amenazó con correr la misma suerte que un tal Gomulka.

–No me extraña.

–Yo regresé al barracón muy alterada, tomé un sedante y me metí en la cama, preguntándome quién sería Gomulka.

Lo que entonces conté a Ety, Daniel, es un suceso duro, pero no te hará mal. Es la sucia historia de nuestro primer kapo. Lo impusieron los nazis al poco tiempo de ocupar Holanda, meses antes de su control directo sobre Westerbork. Tenía mucho poder y empezó a mirar demasiado a Aliosha, uno de nuestros huérfanos rusos, quizá por sus grandes ojos castaños, todavía inocentes.

Gomulka, fuerte y desafiante, siempre aseado como un guardia de las SS, tenía una pésima fama. Una noche entró

en el barracón de los adolescentes y preguntó por el chico. Mientras esperaba en el centro del pasillo, los que todavía no se habían acostado saltaron como ardillas sobre sus literas, se escondieron bajo la manta y contuvieron la respiración. A Gomulka le resultó divertida la escena, hasta que se le acabó la paciencia.

–¡Dónde está el maldito Aliosha! –vociferó.

–Estoy aquí.

Temblando, el muchacho se acercó en pijama y se detuvo a un metro de Gomulka, como un espantapájaros de brazos caídos y mirada en el suelo. El kapo le dedicó una sonrisa babosa y le hizo levantar la barbilla.

–Mírame –le ordenó.

Entonces Aliosha, el joven huérfano, alzó los ojos y vio algo que nunca habría imaginado: vio enrojecer el semblante de Gomulka hasta volverse morado; vio los ojos desorbitados del kapo y su boca abierta en una mueca de espanto, en medio de un silencio mortal; le vio patalear en el aire como un pelele, porque su amigo Vitali se había acercado sigilosamente por la espalda y había rodeado con su poderoso brazo el cuello del matón. Cuando lo soltó, el kapo se tambaleó unos segundos, se apoyó en una litera, tosió con estrépito, escupió, logró erguirse a duras penas y se dio la vuelta, al tiempo que empuñaba la porra y miraba torvamente a su inesperado agresor.

El joven bielorruso tenía fuerza y sangre fría suficientes para hacer frente al kapo, pero en ese momento se oyó un trueno en el portón:

–¡Qué vas a hacer con esa porra, Gomulka!

El kapo reconoció esa voz y se dio la vuelta para enfrentarse al padre de Vitali, plantado en el umbral del barracón. Lo miró aterrorizado y quiso excusarse. Al no encontrar las palabras, bajó lentamente el brazo y soltó la porra.

–¡Ven aquí, cerdo! –tronó la misma voz.

Gomulka recorrió lentamente unos metros que se le hicieron eternos, intentando aparentar una dignidad inexistente. A medida que se acercaba a la puerta, sentía que la estatura física y moral del padre de Vitali le aplastaba. Luego, antes de perder el sentido, sintió que los puños de Boris golpeaban sus pómulos y se hundían en sus costillas. Como si fuera un fardo, el jefe arrastró al kapo hasta el cuerpo de guardia, con la ayuda de Aliosha y de su hijo. Esa misma noche, Gomulka durmió en el calabozo. La semana pasada partió en el convoy de Auschwitz, donde, según decimos con humor negro, se entra por la puerta y se sale por la chimenea.

El perro de Kruger

—¿**S**on buenas las relaciones entre los kapo y los jefes, señor Korman?

—Reconozco que no son fáciles, pues tenemos misiones casi contrarias: nosotros debemos proteger a quienes ellos intentan pisotear.

Cuando la enfermera jefe puso firme al kapo, sabíamos que el incidente traería consecuencias. No podíamos imaginar cuándo ni cómo, pero nunca se nos habría ocurrido que Kruger, a la mañana siguiente, iba a entrar en el campo con uno de los perros pastores adiestrados por las SS.

Los perros están prohibidos dentro de nuestro recinto, salvo en raras circunstancias y siempre bien sujetos por un soldado alemán. Eso dice el reglamento interno. Si Kruger lo desconocía, había que enseñárselo cuanto antes. Era obvio que solo pretendía intimidar y darse importancia, caminando con aquel perrazo ante los hombres formados

a primera hora junto a sus barracones. El caso es que no pasó del segundo, pues ahí estaba Jerzy para impedirlo.

–Dé media vuelta y saque el perro del campo –le gritó tu tío.

Kruger es un tipo alto y grueso, de cara roja y labios abultados. Al verse compelido, su sonrisa maliciosa, de oreja a oreja, enseñó unos dientes más amarillos que los del perro.

–Ven tú a sacarlo, valiente.

Cuando vio que Jerzy, sin responder a su provocación, daba media vuelta y desaparecía dentro del barracón, el kapo pensó que acababa de humillar a todo un jefe delante de sus hombres. Y juzgó precipitadamente que se trataba de un apocado profesor, fácil de amedrentar. Desconocía, sin duda, el aplomo, el valor y la experiencia de ese hombre joven. Por eso le extrañó verlo de nuevo en el portón, y se inquietó cuando tuvo claro que caminaba decidido a su encuentro.

Los perros habían llegado a Westerbork con los alemanes hacía dos semanas. Cualquiera sabe que un perro adiestrado solo obedece a su amo, cosa que no era Kruger. Además, quienes estuvimos en el gueto de Varsovia aprendimos algo sobre ese adiestramiento.

Jerzy, con las manos a la espalda, salió del barracón y cruzó unas palabras con los primeros hombres de la formación. Después, sin enseñar al perro lo que llevaba a la espalda, se dirigió con decisión hacia el kapo, mientras sus hombres transmitían sus palabras hasta el final de las cinco filas.

–¿Va usted a salir inmediatamente del recinto con el perro?

Parecía una pregunta educada, pero se trataba de una orden. Kruger no estaba acostumbrado a que un judío le hablara en esos términos. Por unos instantes pareció desconcertado, y cuando quiso salir de su perplejidad ya era tarde. Jerzy se había calado una gorra de plato en la que brillaban tres estrellas, y daba una orden enérgica a sus hombres. De inmediato, los cien prisioneros se sentaron en el suelo. El perro supo en ese instante quién mandaba allí. Tres segundos más tarde, bajo la inconfundible gorra militar, dos ojos le miraron fijamente, un brazo extendido apuntó a Kruger, y el hombre de la gorra pronunció en alemán la orden que le hizo saltar sobre el kapo:

—¡Ataca!

Boris y Lincoln

«**E**l señor presidente viste hoy de negro arrugado, como suele. Su barba, recortada y espesa, aumenta la severidad de una cara tallada por la gubia del tiempo y los agobios. El señor presidente es un hombre alto, recio y levemente encorvado. Su figura se levanta por encima de las gentes como el tubo de una chimenea sobre los tejados. El señor presidente tiene siempre un aire melancólico, dolidamente sosegado, como el de alguien que lleva una dura y antigua carga sobre los hombros. Tres años de guerra civil le han arañado más surcos en su rostro de roble americano. Hoy parece cansado».

Te he copiado, Daniel, el primer párrafo de la biografía de Lincoln que estoy leyendo. Quiero que lo conozcas y sepas que Boris no solo se parece al presidente en el arte que se da para contar anécdotas e historias. Ambos han nacido pobres, en una cabaña junto a un gran río. Ambos han sido los mejores leñadores de sus respectivas comarcas, han

aprendido a leer y escribir sin pisar la escuela y han soportado guerras terribles.

En las fotografías de grupo, con congresistas o militares, Lincoln supera de forma sorprendente a los más altos. Parece un ser humano de otra clase, incluso de otra especie mejor, con una cabeza llamativa y un rostro noble, quizá feo, de facciones duras y arrugadas. También la corpulencia de Boris es extraordinaria, aunque su barba y cabellera destacan como una tea encendida, no como una negra chimenea. Por lo que sé, entre los judíos eslavos no es raro encontrar tipos con ese aspecto tan poco judío. Sobre Boris, puedo añadir que la holgada ropa de faena no logra disimular la musculatura del cuerpo, que el gesto de su boca le da a veces un aire desdeñoso, y que sus ojos grandes y escrutadores le hacen parecer arrogante. Pero esa primera impresión de displicencia es pronto desmentida por su conversación culta y cordial.

Lincoln tiene un hueco especial en el corazón de todos los estadounidenses. En Westerbork todos son amigos de Boris. La explicación en ambos casos es una sola palabra: bondad. Lincoln la puso entre sus principios políticos, como otros ponen la mentira o el despotismo. Había grandes hombres en su tiempo: Disraeli, Tolstoi, Dickens, Bismarck, Whitman. Pero Lincoln supera a todos en estatura física y moral. No se conoce ningún episodio de su vida donde manifieste baja o debilidad inexcusable, a pesar de haber tenido muchas oportunidades de ser inmoral. Sorprende que haya sido un abogado excelente sin dejar de ser un buen hombre. En la biografía que me ha pasado Jerzy, aparece la siguiente carta dirigida a uno de sus clientes:

Estimado señor Floyd:

Acabo de recibir su carta del día 16, y en su interior un cheque del banco Flagg & Savage por valor de veinticinco dólares. Debe de pensar que soy un abogado muy caro. Es usted demasiado generoso con su dinero. Quince dólares son más que suficientes por el trabajo realizado. Le envío aquí un recibo de dichos quince dólares y le devuelvo un billete de diez.

Atentamente,

A. Lincoln

¿Te ha gustado, Daniel? Hay detalles pequeños que definen a las personas mejor que grandes gestas. Algún día te hablaré de las *Vidas paralelas*, célebres biografías de griegos y romanos famosos. Y procuraré que leas unas cuantas, pues disfrutarás, aprenderás y podrás imitar esos modelos. ¿Sabes que en Westerbork la escolarización es obligatoria entre los tres y los dieciséis años? Eso significa que la tercera parte de la población del campo, nunca menos de quinientos niños y jóvenes, dedica casi toda la jornada a leer y escribir, a estudiar matemáticas e historia, literatura y mucho inglés. El que cumple diecisiete años, ¡a trabajar! Mientras tanto, ¡a estudiar!

La hora del té

Etty viene puntualmente con el té de las cinco y me confiesa que sueña con ser escritora. La miro por encima de mis gafas mientras deposita la pequeña bandeja y escudriña el interior de la tetera.

—Ya sabes que estoy escribiendo un diario con la intención de dar a conocer lo que estamos viviendo. ¿Te lo había dicho?

La muchacha está rompiendo con cautela la barrera del usted. Sonrío y aclaro que su diario no es el único en Westerbork. Casi se podría hablar de una moda promovida por Jerzy.

Tu tío, como buen historiador, piensa que estamos viviendo experiencias inéditas e inclasificables, y que nuestro sufrimiento podría tener sentido si se lo contamos al mundo. En mi caso, por ser psiquiatra, Jerzy afirma que casi tengo la obligación moral de escribir, analizar e interpretar las motivaciones y las relaciones humanas en el campo.

Si Etty quiere ser escritora, supongo que su diario de Westerbork tendrá especial interés, pues pondrá todo su empeño en comprender, seleccionar, exponer...

–¿Por eso escuchas y preguntas tanto? –bromeo.

–No solo por eso. Algunas historias reales son muy hermosas.

–En eso llevas razón. ¿Conoces a Magda Hollander?

–No me suena. ¿Quién es?

–Entonces no sabes lo que es una buena historia real. Mañana te la presento.

Magda Hollander

Desde el amanecer, una promesa de lluvia ha oscurecido y enfriado el día. Antes de la cena he paseado con Magda y Etty por el sendero alto de la ladera, paralelo a la alambrada, con toda la campiña de Drente amenazada por los nubarrones. La última en llegar fue Magda. La vimos subir a buen paso, alta y fuerte, entre los altramuces. Su melena trigueña y su falda, agitadas por el viento, ponían una nota agreste en su juventud. Una entallada casaca militar, que en tiempos mejores había sido azul, realzaba su figura. Al superar el último repecho, se paró un momento a tomar aire y nos miró. Pensé que una fuerza interior esculpía sus facciones.

–Esta chica ha vivido mucho –comentó Etty en voz baja.

–Ahora lo vas a comprobar.

60 Las dos muchachas se saludaron con un beso. Etty explicó a Magda su cometido en Westerbork y el interés que tenía en escucharla.

–Supongo que tu historia será hermosa y dura, y que quizá estés cansada de repetirla, pero el señor Korman piensa que debo conocerla.

–No te preocupes –dijo Magda, y empezó su relato después de estornudar dos veces.

»El día que llegaron los nazis, metieron a todos los judíos en camiones militares y nos llevaron a la estación más próxima. Yo tenía dieciséis años y nunca había salido de mi aldea. De los camiones nos pasaron a un tren con vagones para ganado. Hacía frío. Tras horas de espera, el tren inició, entre sollozos y lamentos, un viaje interminable. Para comer nos daban cada día un mendrugo de pan y un tazón de sopa aguada. Pronto la suciedad y el hedor se volvieron insoportables. Hacíamos las necesidades sobre un agujero en el suelo del vagón. Comenzaron a fallecer ancianos y niños que los soldados iban sacando cada vez que el tren se detenía.

»Más tarde supe que hicieron esto en toda Hungría durante un año. A nosotros nos llevaron a Polonia, a Auschwitz, y al entrar en el campo de concentración me separaron de mi madre y de mi hermana pequeña, a las que nunca volví a ver. Así me robaron todo lo que tenía en el mundo, pues mi padre había muerto.

Magda volvió a estornudar y se disculpó por levantarse la falda para sonarse la nariz en el gastado dobladillo. Después continuó.

–Yo también quería morir. Vi cosas terribles, que prefiero no contar. Pero también fui testigo de gestos hermosísimos. Una vez, un anciano moribundo me dio sus cuatro trozos de pan. «Tú eres joven y debes vivir para contar al mundo lo que sucede aquí», me dijo. En otra ocasión, mi

compañera de litera me dejó apurar el agua de su cantimplora, cuando aquellas gotas eran más valiosas que todo el oro del mundo.

»Pensaba constantemente en mi madre y en mi hermana. “Mira el humo de la chimenea, ya están allí”, me aseguraba un guardia despiadado. Recuerdo también las palabras de Edwige, la jefa de mi barracón, cuando me gritaba y me pegaba: “La lástima es un delito, la bondad es estéril”. Pero se equivocaba. Aunque parezca mentira, hubo en mi vida de prisionera algo más fuerte que el sufrimiento.

»Una noche me robaron los zapatos. Cuando salí por la mañana a cavar fosas, pisando nieve, se me empezaron a congelar los pies. Sabía perfectamente lo que me esperaba: gangrena y amputación. Llevaba dos horas cavando cuando un guardia ucraniano comenzó a insultarme y a darme gritos para que trabajara más. Yo apenas podía sostener la pala. Entonces, me ordenó que le siguiera. Caminé detrás de él y me obligó a entrar en un cobertizo donde nadie nos podía ver. En el suelo, en un rincón, ardía un poco de leña seca.

»—Siéntate y calienta los pies —me dijo.

»Él se arrodilló a mi lado y empezó a frotarlos con papel de periódico. Cuando los dedos recuperaron su color natural y el movimiento, sacó de su mochila unos zapatos y me los dio.

»—Espera. Ponte también estos calcetines.

»Así me devolvió la vida mientras él arriesgaba la suya.

»Durante mucho tiempo siguió insultándome en las zanjias y ordenándome a gritos que le siguiera hasta el cobertizo. Yo sabía ruso, pero él nunca quiso hablar conmigo. Un día abría la mochila en silencio, me daba un trozo de

queso y se marchaba. Otro día, en vez de queso sacaba un buen pedazo de pan de centeno, una barra de mantequilla o unas onzas de chocolate. Y desaparecía sin darme tiempo a darle las gracias. ¿Qué te parece?

–Sigue, por favor –susurró ETTY.

–Muchos prisioneros morían en el campo mientras rezaban a un Dios que parecía sordo. Yo sentía un profundo rencor hacía ese Dios impassible, que permitía semejante infierno. Una lluviosa mañana de octubre, después de entrar en el cobertizo, mi soldado no sacó nada de la mochila. Solo me preguntó si quería escaparme.

»–¿Contigo? –respondí de inmediato.

»Guardó silencio unos segundos, mientras yo le miraba con mis ojos asombrados, pensando que iría con él al fin del mundo. Fue la primera vez que le vi sonreír.

»–Escaparás mañana, tú sola.

»–¿Cómo?

»–Siéntate y te lo explico. Acudirás al amanecer al reparto de leche y te pondrás al final de la cola. Recuerda que has de ser la última, para que no haya testigos. Te ordenaré que subas al carro de la lechera. Verás que un tablón está suelto y disimula un nicho. Te metes allí y allí te quedas como muerta, oculta por el tablón. ¿Me has entendido?

»Asentí con la cabeza. Estaba claro que el suelo del carrromato tenía un doble fondo.

»–Ahora, vete –me dijo.

»Pero no me moví. Necesitaba saber algo importante.

»–¿Cómo te llamas? ¿Por qué lo haces? –le pregunté.

»–Cuando termine la guerra, quiero ser sacerdote –me respondió.

»Tendría veinte años, era rubio, como la mayoría de los ucranianos, y parecía muy fuerte. Me levanté sin ser capaz de asimilar sus palabras.

»–Espera un momento –me dijo.

»Entonces tiró de un delgado cordón que llevaba al cuello, lo puso en la palma de la mano y me lo ofreció. Del cordón colgaba una pequeña cruz de madera.

»–Toma, llévala tú.

»Y aquí la llevo, señorita Etty, ¿la ve? Él mismo me la puso. Incliné la cabeza, cerré los ojos y noté sus manos y su tesoro alrededor de mi cuello. Fue la segunda vez que le vi sonreír.

»–Así está bien –dijo.

–Y te fugaste –confirmó Etty.

–Sí, después de pasar la noche en blanco, rezando al Dios de mi soldado ucraniano.

La Gran Guerra

Jerzy ha terminado de diseñar un nuevo plan de estudios para secundaria.

–¿Por qué pone tanto empeño –me pregunta Etty– en la selección y formación de profesores de historia?

–Porque piensa que esa asignatura nos brinda lecciones impagables sobre lo que podemos imitar y lo que no debemos repetir.

Esta mañana he asistido a una de sus clases en el barracón masculino de los chicos mayores. Les ha contado que Westerbork y las docenas de campos nazis solo se entienden si retrocedemos tres décadas y nos situamos en la Gran Guerra, el mayor conflicto bélico conocido hasta 1914, el espectáculo dantesco que contemplaron los padres de esos muchachos cuando eran niños. «Podéis haceros una idea de su magnitud si consideráis que fue librada en todos los océanos, por cuarenta naciones de los cinco continentes».

Ha añadido que, a principios de siglo, la generación pacifista de sus abuelos, lejos de estar preparada para encajar semejante desmesura, pensaba que la civilización occidental había desterrado definitivamente la guerra, igual que la tortura, la esclavitud o la peste. Además, los grandes circuitos económicos y la fe en el progreso favorecían las buenas relaciones internacionales. Una guerra, repetían los británicos, sería siempre un mal negocio.

Sin embargo, los mismos intereses que propiciaron cuarenta años de paz provocaron el espejismo de un conflicto armado que, en caso de ganarse, produciría inmensos beneficios. Así pensaban principalmente los alemanes, protagonistas de un prodigioso desarrollo industrial. De hecho, hacia 1900 el káiser Guillermo II, con su ambicioso programa de construcciones navales, rompió el pacto tácito que dejaba al Reich la hegemonía continental y al Imperio británico el dominio de los mares.

A Jerzy le bastaron estas palabras para introducir el tema y dar un golpe de efecto:—Me acompaña el arquitecto Clemens Hofman, soldado en la Gran Guerra. Él os contará mucho mejor que yo lo que pasó.

Clemens, sentado al fondo del aula, se acercó hasta la pizarra, carraspeó levemente, sonrió a los muchachos, saludó con una leve inclinación de cabeza y comenzó a hablar.

—Si me lo permitís, usaré un inglés sencillo. Mi casa estaba cerca de la granja Jünger, propiedad de los padres de Ernst, el mejor de mis amigos. Un día de agosto, hacia el final de las vacaciones escolares, estábamos retejando su granero cuando escuchamos el timbre de la bicicleta

del cartero. Le saludamos desde arriba y se limitó a gritarnos tres palabras bien claras: «¡Orden de movilización!». Dentro de unos días nos esperaba la universidad, pero con esas palabras entraba en vigor un calendario diferente. La movilización afectaba de lleno a mi hermano Otto, que estaba con nosotros y había terminado tercer curso de Medicina. «Tengo que irme», fue lo único que dijo antes de pasarme su martillo y descolgarse por el rudimentario andamio.

Con gestos y ademanes muy apropiados, Clemens iba representando lo que contaba. De esa forma, su clase de historia también lo era de inglés y de retórica.

—A la mañana siguiente tomé con Ernst el tren a Hannover. Queríamos inscribirnos como voluntarios. El cuartel más cercano lo encontramos sitiado por millares de jóvenes que habían tenido la misma idea. Tres días nos costó entrar en un Regimiento de Fusileros, donde nos había precedido Otto. Allí nos declararon aptos y nos apuntaron en las listas. Como otros millones de soldados, éramos muy jóvenes. Abandonábamos contentos las aulas universitarias, las herramientas de los talleres, las granjas, los cines, los estadios...

»En unas breves semanas de instrucción, nos enseñaron a obedecer ciegamente, a manejar fusiles y a operar con granadas. Hicieron de nosotros un único cuerpo, un gran equipo ansioso de luchar y vencer. Partimos hacia el frente como a un alegre concurso de tiro. Todo menos quedarnos en casa. Atravesábamos pueblos y ciudades bajo lluvias de flores y vítores. La guerra nos prometía experiencias grandes, únicas, magníficas.

»Nuestro ardor guerrero se fue moderando al entrar en Francia, a medida que pisábamos el suelo arcilloso de Champaña y nuestras botas, mochilas y fusiles comenzaban a parecer de plomo. Por fin, llegamos a la aldea de Orainville y pudimos descansar en un pajar enorme. Por la mañana, mientras desayunábamos en el edificio de la escuela, retumbaron como truenos varios golpes seguidos. De todas las casas salieron soldados que se precipitaron hacia la entrada de la aldea. Corrían agachados, como si temieran un peligro inminente. Sin saber por qué, hicimos lo mismo.

»Mientras corríamos, oímos por encima de nosotros una especie de silbido metálico. Segundos más tarde, el estruendo de una explosión nos dejó sordos durante varios minutos. Envueltos en una atmósfera irreal, vimos un grupo que arrastraba a un herido cubierto de sangre. Su pierna derecha colgaba de un modo extraño y no dejaba de lanzar alaridos. Lo llevaron calle abajo, hasta un edificio donde ondeaba la bandera de la Cruz Roja.

»¿Qué había sucedido? Una granada había estallado en el patio de una casona que servía de refugio a gran parte del pueblo. Se cobró nueve víctimas. Entre ellas estaba Gebhard, un músico al que Ernst y yo conocíamos de los conciertos veraniegos en Hannover. A pesar del peligro, nos dirigimos a baldear el caserón en llamas. Manchas de sangre oscura ensuciaban el empedrado por donde habían llevado a los muertos y heridos. El portón de madera había volado. Dentro, el patio estaba sembrado de jirones de ropa, cascos, correajes, cantimploras y macutos. Las paredes, acribilladas por la metralla. Y en medio de aquel espacio

siniestro yacía muerto un burro. Tenía unas heridas enormes y a su lado humeaban los intestinos.

»En el pelotón estaba Otto y tuvo que encargarse de uno de los heridos. Una esquirla de metralla le había desgarrado la carótida. Antes de decidir nada, ya había empapado las vendas de tres paquetes. Se desangró en pocos minutos y murió. En nuestro primer día de combate la guerra se quitaba el velo romántico y nos enseñaba sus garras. Pude comprobar que se enfriaba el entusiasmo en bastantes de mis compañeros.

»Ese primer estallido nos produjo temores que nos llevaban a confundir el simple chirrido de unos frenos de bicicleta con el aleteo de aquella granada asesina. Como si fuéramos animales perseguidos, el sobresalto ante los ruidos inesperados nos acompañaría hasta el final de la guerra.

»En días sucesivos, atravesamos aldeas y pueblos donde no quedaba piedra sobre piedra. Nuestras compañías de vanguardia habían demolido muros y paredes; habían roto cristales, machacado tejas y talado árboles; habían minado las carreteras y envenenado los pozos; las vías férreas estaban desmontadas; los hilos telefónicos habían sido arrancados, y todo lo que podía arder, quemado. Así preparábamos la tierra que aguardaría la llegada del enemigo. Pero esa destrucción planificada degrada al propio destructor y, como pudimos comprobar, es funesta para la disciplina de una tropa convertida en horda. ¿Sabéis dónde esta Champaña?

Con esa pregunta Clemens rebajó la tensión de su atento auditorio, dibujó en la pizarra un mapa de Francia, enmarcó su relato en la geografía y dio por terminada su

exposición. Pero se encontró con una docena de manos en alto. La primera pregunta dejaba claro que Clemens había omitido cuestiones fundamentales.

–Señor Hoffmann, ¿qué impresión deja un bombardeo? –preguntó el capitán del equipo de fútbol, en un inglés con acento bávaro.

–Te puede dejar ileso, herido o muerto. Puedes contar chistes mientras caen las bombas y también puedes volverte loco. Hay bombardeos suaves y destrucciones terribles, igual que refugios raquíticos y galerías subterráneas indestructibles.

–¿Cuál es el peor que recuerda?

–Hubo varios que todavía no he podido olvidar. En Cambrai, después de escapar de un sótano que se estaba convirtiendo en una ratonera, mi pelotón se reunió de nuevo en una galería muy profunda. Pensé que estábamos a salvo y conseguí dormirme, pero a las cinco de la madrugada el fuego alcanzó una intensidad inaudita. Cada vez que dos o tres minas de gran calibre explotaban a un tiempo, era como si unas montañas se estrellasen contra la tierra. La galería vibraba y temblaba como un barco en medio de una tempestad. Pero eso no nos amedrentaba, ni el crujido de los edificios que se desplomaban encima de nuestras cabezas. En cambio, el estruendo de las galerías que se venían abajo muy cerca de nosotros nos obsesionaba con la idea de morir sepultados.

El silencio en el barracón se podía cortar. Clemens lo aprovechó para despedirse. Igual que se había presentado, con otra leve inclinación de cabeza respondió al prolongado aplauso de los muchachos.

El enfermero Otto

Jerzy ha tenido la idea de aprovechar el éxito de Clemens y ofrecer por la tarde la versión de Otto. También he podido asistir. Algunos muchachos le conocen como médico, pues han estado hospitalizados. Otros saben que es el jefe del barracón de sus padres. Quizá por eso le han recibido con un respetuoso silencio, puestos todos en pie.

Cuando se sientan, Otto les pregunta en alemán qué idioma prefieren. Ante su pequeño desconcierto, les cuenta el consejo que el joven emperador Carlos, rey de España y dueño de media Europa, escuchó a Adriano de Utrecht, su preceptor: debía aprender italiano para hablar con el papa, francés para galantear con las damas, alemán para dar órdenes a su caballo y castellano para hablar con Dios. El joven flamenco se tomó en serio el consejo y pudo decir, años más tarde: «Soy tantos hombres como idiomas hablo».

—¿No os parece una magnífica riqueza? —les pregunta Otto.

Después, sin más preámbulos, inicia su versión del conflicto.

–La guerra es lo peor que podéis imaginar. Ni el más brillante de los oradores encontraría palabras para describir ese aquelarre infernal. En tu primer día de combate ya escuchas un grito que suena como un tiro y se repite con frecuencia: «¡Camilleros!». Eso indica que las balas y las granadas están causando efecto.

»Si te ha tocado, por ejemplo, cavar una trinchera en primera línea, al mismo tiempo que proteges tu vida puedes estar cavando tu propia tumba. Un día cualquiera, con la primera luz incierta del amanecer, una bala de fusil desgarró la gorra del centinela sin causarle un rasguño. Eso se llama buena suerte, y en la guerra hay mucha. Pero, a la misma hora, dos zapadores son heridos junto a las alambradas. Uno recibe un tiro que le dejará en silla de ruedas el resto de sus días; al otro, un balazo le perfora la oreja. Eso se llama suerte desigual. Más tarde, mientras desayunamos, el infortunio se ceba en otro centinela y una bala traspasa sus dos mejillas. La sangre mana a borbotones. Arranco de su guerrera los paquetes sanitarios y comienzo a vendarle la cara.

»–No vale la pena –susurra débilmente.

»–Ya lo creo que vale –respondo.

»Junto al moribundo, un soldado se ha puesto pálido y vomita. Ha sido todo tan repentino y terrible que no parece real. Intentas comprender y no comprendes nada. Poco después se oye algo que llega silbando y aleteando.

»–¡Atentos! ¡Una mina!

»Entonces te lanzas cuerpo a tierra y contienes la respiración. La mina estalla sobre tu cabeza y estás ileso. Pe-

ro la Muerte no se da por vencida. Primero nos azota con una lluvia de minas y granadas. Después desencadena una tormenta de acero que destroza la trinchera en algunos tramos y sepulta a los hombres bajo toneladas de piedra y barro. Eso ya es una carnicería.

»Un día, Ernst indicó a Diener que igualara el borde del talud con unas paladas de arcilla. Apenas asomó la cabeza el zapador, una bala le atravesó el cráneo en diagonal, arrojándolo muerto al suelo de la trinchera. Estaba casado y era padre de cuatro niños. El alférez Jünger lloraba de rabia. Largo tiempo estuvimos acechando detrás de las aspilleras para vengar su muerte.

»Pero no penséis que solo se muere en las trincheras. La Muerte es muy creativa en la guerra. Si cambiamos de escenario y tras una encarnizada lucha tomamos un pueblo, cuando entras sueles encontrar silencio y desolación. Sus calles aparecen sembradas de fragmentos de uniformes, mochilas destrozadas, fusiles rotos, embudos profundos abiertos por los proyectiles de gran calibre... Dentro de las casas bombardeadas tropiezas con botellas, libros desencuadrados, muebles convertidos en astillas, juguetes infantiles, una sopera de loza...

»En todo momento debes andar con precaución para no caer en agujeros que han sido sótanos, ahora infestados de ratas que engordan a costa de los cadáveres. También has de pisar con cuidado en los jardines, pues hay pozos profundos con los brocales derribados y las bocas cubiertas de vegetación. Más de uno ha sentido que el suelo se hundía bajo sus pies y ha perecido ahogado o bien se ha roto los huesos al caer y ha sido lentamente devorado por

las ratas. En los establos también trabaja la Muerte durante la guerra. Cuando entras, sueles encontrar animales despanzurrados o enloquecidos, atados a sus cadenas. Todo el pueblecillo, en fin, ha quedado envuelto en el humo y el olor de las llamas y la podredumbre.

»¿Queréis que siga? Entonces no debo pasar por alto mi experiencia en los quirófanos de campaña. Un cirujano es una mano capaz de manejar un pequeño cuchillo cromado. Dominar ese arte suele llevar diez años, a menos que acortes el plazo realizando decenas de operaciones al día. Como soldado con tres cursos de Medicina, durante la guerra me tocó ayudar a cirujanos en miles de operaciones. Ellos me enseñaron mucho más que mis mejores profesores en la facultad. Nunca me dejaron ligar un gran vaso atravesado por una bala o suturar una perforación en la pared torácica, pero me encomendaron muchas amputaciones. Es una de las operaciones más frecuentes en una guerra. Siempre es terrible para el paciente, pero lo que está en juego es una opción que no ofrece duda: conservar un miembro o conservar la vida. La operación puede ser fácil, pero la decisión previa suele ser muy difícil. Si el cirujano decide conservar el brazo y todo marcha bien, el resultado es altamente satisfactorio. Si no amputa y el brazo no tiene salvación, el paciente suele perder la vida. No voy a entrar en detalles, pero es así de simple. ¿Tenéis alguna pregunta?

Se levantaron una docena de manos. Otto fue contestando a todos y se extendió en la última respuesta.

–Señor Hoffmann –había dicho Vitali–, ¿hay en la guerra aspectos que no sean sórdidos y brutales?

–En cuatro años de guerra se estrechan muchos lazos con compañeros que te han ayudado en circunstancias extremas, que quizá te han salvado la vida, con quienes has reído y llorado... La camaradería y la amistad son sentimientos nobles, no hay duda. Pero sería grotesco defender la guerra por que en ella no todo es demencial.

–Entonces, ¿nunca hay buenos momentos? –insistió el joven.

–Hay momentos estupendos, claro. Los había casi a diario. Muchas noches jugábamos a las cartas en la galería del alférez Jünger, sobre una caja que contenía docenas de granadas. Las partidas solían acabar en una agradable charla.

Otto mencionó también, entre las distracciones que ofrecía el tiempo libre en la retaguardia, la caza.

–Nos resultaba apasionante. Y entre los animales aspirantes a la cazuela ganaban los conejos y las perdices.

Después nos sorprendió con algo realmente insólito.

–En cierta ocasión, varios días de lluvia incesante causaron en las trincheras más estragos que las bombas. Hundidos en el barro hasta el ombligo, trabajábamos sin tregua con el fin de achicar y volver a pisar suelo firme. Para dormir, colgábamos encima las lonas de las tiendas de campaña, pero goteaban como regaderas. Por fin, una mañana, al despertar, un sol radiante iluminaba la trinchera. Cuando me incorporé, completamente empapado, y subí hasta una mirilla de tirador, no podía dar crédito a lo que mis ojos contemplaban. Aquella zona en los dominios la Muerte tenía ahora la animación propia de una feria rebosante de vida. De común acuerdo, las dos guardias enfrentadas habían salido desarmadas de sus

parapetos, empujadas por el barro, y a través de las alambradas se había iniciado un intenso tráfico de bebidas, cigarrillos, botones, navajas, linternas y cosas parecidas. La muchedumbre que salía de la trinchera inglesa producía un efecto desconcertante.

»De pronto, un disparo inglés hizo que uno de nuestros hombres cayera muerto sobre el barro. En un segundo ambos bandos habían desaparecido como topos en sus madrigueras. Ernst se dirigió entonces al extremo de nuestro ramal más avanzado y comunicó a gritos que quería hablar con un oficial británico. Al poco tiempo, se alzó sobre el parapeto enemigo un pañuelo blanco atado a una bayoneta. Ernst se puso en pie sobre el borde de la trinchera. El oficial británico le imitó. La conversación se desarrolló en inglés, mientras la tropa escuchaba con atención.

»—Uno de mis hombres ha muerto porque habéis roto una tregua.

»—Lo siento, pero la bala no ha sido disparada por mi compañía.

»Ernst y el *tommy* siguieron hablando de otros asuntos, pasando del inglés al francés varias veces. Había entre ellos un respeto casi deportivo, y creo que les habría gustado intercambiar algún regalo como recuerdo. Para volver a la normalidad, tuvieron que declarar de nuevo la guerra y acordar la reanudación de las hostilidades. Ernst se despidió con un “au revoir!” y disparó al aire. El británico respondió “Guten Abend!” y también disparó, pero su tiro pasó silbando sobre nuestras cabezas.

Al escuchar esta historia, Daniel, yo recordaba la pregunta que se hace un personaje de Shakespeare: «¿Por qué

el corazón humano, con toda su savia de nobleza, es también nido de los instintos más deshumanizados?».

Espero no cansarte con las páginas que llevo escritas. Las considero esenciales para entender nuestra época. Debo añadir que el asesinato del heredero del Imperio austrohúngaro, en Sarajevo, fue el detonante de una cadena de despropósitos que ciertamente se pudo haber evitado. Tu tío asegura que esa contienda mundial fue un error sin justificación y una gigantesca inmoralidad, en la que bastaron cuatro años para segar veinte millones de vidas e infligir otro tipo de daños imposibles de evaluar. Aunque todo eso quizá no fue lo peor: el monstruo de la guerra puso sus huevos en las entrañas de unas heridas que nunca cicatrizaron, pues la durísima Paz de Versalles se redactó sobre la venganza y el odio a los alemanes. Con esos sentimientos se alimentó el revanchismo que hizo posible a Hitler.

Dostoievski

— ¡Vaya: nunca os había visto tan trabajadores!

Etty ha vuelto esta noche al Palace y nos ha pillado a los nueve en la cocina, repasando la lista de deportados que subirán al próximo tren de Auschwitz. Por nuestras caras, por los papeles sobre la mesa y el repentino silencio, se ha hecho cargo de la situación. Y, como si fuera nuestra solícita abuela, se ha permitido recordarnos que esas horas son para charlar apaciblemente en familia, «no para hablar de negocios».

Antes de que pudiéramos decir nada, ha entregado a Boris una gran bandeja. Al retirar la servilleta de hilo que la cubría, ante nuestros ojos ha aparecido un oloroso pastel de manzana en todo su esplendor.

— De manzana bielorrusa —puntualiza Etty con un guiño—, la preferida por los osos del Cáucaso.

78 Boris se ha reído a gusto, ha cortado y repartido diez trozos, ha servido vodka y ha levantado su vaso por la muchacha. Todos lo hemos imitado.

–Bueno –dice Etty sin sentarse–, ahora vais a disculparme porque debo regresar a mi zona.

De forma delicada, nos permitía volver sobre algo tan grave como la confección de listas para los transportes. Al levantarse, varios nos hemos ofrecido para acompañarla, como si fuera ya una vieja costumbre. La muchacha merecía diez minutos de esta noche que invitaba a la confianza bajo las estrellas. Al llegar al canal, se ha detenido un instante y ha comentado, ensimismada:

–Habría preferido no conocer a Dik, no haber entrado en su barracón, no haber sabido de él.

La luna ilumina su expresión dolorida.

–¿Verdad que eso no se hace? ¿Verdad que no se puede golpear en la nuca a un muchacho indefenso? ¿Verdad que no se le puede disparar como a un perro?

Podrías estar escuchando la voz de Etty, limpia y modulada, un siglo entero. Sus preguntas no acusan a nadie, no rezuman odio, ni siquiera apelan a la justicia. Solo manifiestan el desconcierto y la impotencia ante el poder enorme y absurdo del mal. Igual que ella, todos en Westerbork nos preguntábamos por qué tuvo Dik que jugar aquel maldito partido, por qué aquel guardia de las SS tuvo que colocarse justo a la derecha de la portería, en la trayectoria del disparo del joven...

–¿Acusamos a los nazis o al guionista de la farsa de la vida? –pregunta Boris.

–¿Qué quieres decir? –responde Etty.

–Me gustaría tener claro por qué muere la vieja usurera... ¿Es Raskolnikov quien la mata o es Dostoievski? Si no has leído *Crimen y castigo*, podemos formular la cuestión

con un personaje más famoso: ¿don Quijote se vuelve loco por leer demasiadas tonterías o por decisión de Cervantes?

A Etty se le escapa una exclamación de júbilo al saber que Boris es profesor de literatura rusa.

–Yo te imaginaba cazador en la tundra o camionero, no especialista en Dostoievski.

–Ya ves, las apariencias engañan –replica Boris complacido.

–Empiezo a comprobar que el Palace está lleno de sabios.

–Solo Jerzy y Boris –puntualizo.

–¿De verdad? ¿Y por qué sabes tanta historia, Boris?

–Esa es otra canción. Por una parte, me gusta. Por otra, soy alumno de Jerzy, que me ha presentado a Tucídides, a Mommsen...

–¿Y has podido con ellos?

–Juraría que sí. Es más, los saboreo página a página. Me han enseñado que las cifras de mis cuadernos de contabilidad pueden ser exactas a costa de no decir nada sobre los aspectos más importantes de la vida.

–O sea, que la exactitud y la verdad son cuestiones muy diferentes –concluye Etty.

Churchill y Stalin

Cuando la muchacha regresa a su barracón y nuestras literas se van ocupando, Leo lava la loza y Clemens se queda leyendo en la cocina. Yo escribo al otro lado de la mesa y le muestro mi resumen de su clase. Mientras lo ojea asiente con la cabeza, pero me advierte de que sus palabras solo han reflejado una mínima parte de la verdad, pues el horror de la guerra es indescriptible, tan profundo que no conviene bucear en sus recuerdos y tampoco salpicar con sus atrocidades a quienes no las conocen.

–Quiero enseñarte una cosa –me dice.

Sentado, con la espalda apoyada en la pared, su brazo se alza como una grúa articulada hasta un anaquel sobre su cabeza. No necesita mirar la posición de un grueso volumen para alcanzarlo. Después lo pone sobre la mesa, lo abre, pasa varias hojas y lo desliza hasta colocarlo bajo mis ojos. Con el índice, me señala el comienzo de un párrafo.

–Aquí está la verdad –afirma.

Es un texto escrito por Winston Churchill hace veinte

años. El entonces secretario de Estado reconoce que en la Gran Guerra se acumularon los horrores de todos los tiempos. Países muy cultos creyeron, con razón, que estaba en juego su propia supervivencia y, en consecuencia, no pusieron límites a las acciones que podían ayudarlos a vencer. Alemania empezó la guerra y echó mano del terror, pero pronto fue imitada por las naciones a las que había atropellado. Sus crímenes contra la humanidad fueron contestados con otros más grandes. Barcos hospitales fueron hundidos, y sus tripulaciones abandonadas en alta mar. Las bombas cayeron indiscriminadamente sobre civiles indefensos. Muchos tipos de gas venenoso asfixiaron o dañaron de por vida a los soldados. Europa y grandes extensiones de Asia y África se convirtieron en campo de batalla. El canibalismo fue lo único que los países civilizados rechazaron, quizá porque no fue necesario.

Después de leer esa página en voz alta, me pregunto si Churchill no está exagerando. Leo, que ha cerrado la alacena y se ha sentado con nosotros, niega con la cabeza.

–Eso solo fue el principio –dice.

Leo tiene mi edad. Hace diez años era cadete en la Academia Naval de Leningrado. Cuando se licenció, su buen expediente le permitió ingresar en el Servicio de Inteligencia. Allí conoció desde dentro las purgas que causaron estragos en todas las capas de la población soviética.

–Todo ruso sabe que puede ser detenido y fusilado en cualquier momento –añade–. Mi generación y la de mis padres han sido inmoladas en el altar de un comunismo traicionado por Stalin, que no pretende la dictadura del proletariado, sino un proletariado bajo su dictadura. Eso no ha pasado en el resto de Europa.

Boris aparece en el umbral de la puerta con cara de pocos amigos. Refunfuña que no le dejamos dormir y nos callamos, pero guiña un ojo y se une a la tertulia de la cocina para dar la razón a Leo.

—A pesar de toda la retórica estalinista sobre la igualdad y la justicia, la población soviética está doblegada por el miedo, el hambre y la persecución arbitraria. Te voy a poner un ejemplo entre cientos. ¿Sabes lo que son los batallones penitenciarios?

Leo y Boris explican que, cuando miles y miles de prisioneros languidecen en los campos del Gulag y esperan con resignación la muerte, acontece algo que ningún soviético podía imaginar. El año pasado, los ejércitos de Hitler invadieron la Unión Soviética y en tres batallas tomaron más de un millón de prisioneros y dejaron despejado el camino hacia Moscú. Aterrorizado, Stalin dictó entonces las órdenes más severas que se pueden imaginar. En la retaguardia del Ejército Rojo se colocaron unidades especiales cuya única misión era fusilar a los soldados que retrocedían. Como esa medida no fue suficiente, se decidió explotar la reserva de los campos penitenciarios y se pidieron voluntarios para luchar contra los invasores alemanes. Pero los presos que se presentaron no fueron integrados en unidades normales, sino en cuerpos mucho más peligrosos cuyas misiones suicidas solían consistir en lanzarse al ataque los primeros y limpiar campos de minas corriendo por ellos.

—No creo que nadie pueda sentirse patriota en esas condiciones —concluye Leo—. Más bien te ves como un animal llevado al matadero, y si tienes la suerte de sobrevivir odiarás toda tu vida a Stalin.

Las cenas del Palace

Se me ocurre, Dan, que un pequeño esquema con los datos principales de los nueve jefes te facilitará la lectura. Allá voy.

Werner Cohen	Holandés	Ingeniero de minas
Max Cohen	Holandés	Médico internista
Jopie Vleeschouwer	Holandés	Médico otorrino
Otto Hoffmann	Alemán	Médico cirujano
Clemens Hoffmann	Alemán	Arquitecto
Boris Maikov	Ruso	Profesor de literatura
Leo Yakov	Ruso	Servicio de inteligencia
Jerzy Wajda	Polaco	Profesor de historia
Osias Korman	Austriaco	Médico psiquiatra

Algunos días, cuando Ety llega al Palace ha trabajado desde el amanecer: doce horas, más o menos, con una breve pausa para el almuerzo. Esta tarde, mientras Max y Otto terminaban de preparar la cena, los que charlábamos y fu-

mábamos en el porche hemos visto que ella se acercaba por el canal, nos saludaba con la mano y sonreía. Solo al llegar a las escaleras hemos advertido su cansancio. Jopie le ha ofrecido un taburete de la cocina.

–Descansa un poco. ¿Qué tal ha ido el día?

Etty lo agradece y se sienta bajo el serbal. En su segunda semana va todavía de sorpresa en sorpresa, descubriendo aspectos insospechados de la vida en el *lager*.

–Hoy he dado una clase de latín y griego –dice con satisfacción.

Esta vez somos nosotros los sorprendidos.

–Sí. No pongáis esa cara. La directora de secundaria me ha enseñado las escuelas. Entraba conmigo en los barracones, me presentaba y yo decía unas palabras. Más o menos las mismas en cada barracón. Pero el grupo de doce a catorce años ha iniciado un diálogo que se ha convertido en una especie de clase. Lo hemos pasado bien y estoy segura de que van a seguir dando vueltas a lo que han escuchado.

–¿No les habrás propuesto un plan de fuga?

–Les he contado que, como buena holandesa, me gustan los idiomas y estudio inglés. Que mi madre habla conmigo en ruso, su idioma nativo. Y que mi padre, profesor de lenguas clásicas, a menudo emplea el latín con sus hijos, salvo cuando se enfada y pasa al griego.

–¿Y qué han dicho las niñas?

–Que si vivo en la Torre de Babel. Una me ha preguntado si «ese latín y ese griego» son lenguas muy difíciles. He respondido que todos nos servimos de ambos idiomas sin darnos cuenta, pues usamos cientos de palabras griegas y latinas en la conversación habitual.

–Bien dicho, ETTY. Los médicos identificamos las enfermedades por sus nombres griegos –corroboró Jopie.

–Como *cefalea* y *neuralgia*, ¿verdad?

De forma indirecta, la muchacha nos estaba hablando de su propio malestar. Jopie lo advierte y decide indagar un poco, lo suficiente para que ahora sepamos que ETTY sufre con frecuencia dolores de cabeza y desarreglos gástricos en Westerbork. Para Max, se trata de reacciones normales al exceso de trabajo, el cambio de alimentación y las emociones fuertes. Ambos, desde su amplia experiencia clínica, aconsejan a la muchacha unos días de reposo en Ámsterdam. A todos nos parece lo más oportuno, y Boris formula con acierto el sentir común:

–No tardes en tomarte ese descanso. Queremos verte recuperada y en plena forma.

El vozarrón de Otto anuncia que la cena está servida. El porche queda desierto en dos segundos. Con los ojos en la sopera humeante, nos sentamos en torno a la mesa, sobre el banco que recorre el perímetro de la cocina. ETTY advierte que las paredes ya no están desnudas. Van Gogh nos observa desde uno de sus inquietantes autorretratos. También cenamos en compañía del barbudo cartero Joseph Roulin y de un ramo de encendidos girasoles. Se trata de tres láminas que he dibujado y pintado sumando ratos libres, a veces durante algunas sobremesas en esta misma cocina.

Las tranquilas cenas del Palace son, Daniel, lo más grande de Westerbork. Sin ninguna duda. Los nueve afortunados hemos llegado a saborear lo mejor de la amistad gracias a ellas. Somos muy diferentes, pero compartimos

una delicada tarea común y estamos empeñados en facilitar la vida a los prisioneros, en no permitir que les resulte insoportable. A esa motivación se añade la esperanza, pues todos planeamos nuestro futuro después de la guerra, lo adornamos con imaginación, soñamos juntos en voz alta y no cesamos de hablar de América.

Tenías que oír a Boris dando por hecho que logrará enseñar literatura rusa en Estados Unidos, poner de moda a Dostoievski en la Universidad de Virginia, dar largos paseos por su campus boscoso, entre lagos y ciervos.

–Yo prefiero San Francisco –dice Etty–. Caminar por sus muelles con mis hijos de la mano; regatear con los vendedores de cangrejos bajo las gaviotas que sobrevuelan al acecho; pararme en los puestos de *fish and chips* mientras un gran navío humea en dirección al Golden Gate...

En el Palace, nuestros sueños vencen cada noche al mundo real de miedos y penurias, de desconuelo y desengaños, de hedor y sopa de sémola.

–¡Nunca he visto una película de Buster Keaton!

–¡Prefiero a Chaplin!

–¡A mí me gustaría cenar con Bette Davis!

Tu tío Jerzy, en broma, nos confiesa que le gustaría vivir en alguna de las mansiones de Long Island, con piscina de mármol y veinte hectáreas de jardines y bosques. Cree que podría encontrar trabajo como preceptor de los hijos de algún multimillonario. Afirma, aunque no le creemos, que hay propiedades donde puedes amarrar el barco y saltar directamente sobre un césped que corre cuatrocientos metros hasta la fachada principal, surcado por caminos de caliza roja bajo árboles centenarios.

Ya ves, Daniel, que el Palace es una isla inverosímil en un mar tormentoso. La cordialidad de su ambiente nos lleva a preguntarnos, de cuando en cuando, qué caprichosa combinación de azares ha hecho posible nuestra coincidencia en este país y en este campo. Etty, con perspicacia, captó esa singularidad nada más llegar a Westerbork, y la enriqueció desde que un buen día cambió su rutina y se presentó antes de lo habitual. Traía una succulenta sopa de patatas y nabos, buena excusa para cenar y pasar más tiempo con nosotros. Deseaba escucharnos, conocer nuestra opinión sobre los tiempos surrealistas que estábamos viviendo. No le bastaba lo que veía en el campo. Su inteligencia despierta ansiaba entender el presente, otear el futuro, sacar conclusiones, aclararse.

—Ya sé que tropezamos dos veces en la misma piedra, pero la Gran Guerra fue un cataclismo, no un tropezón. Por eso no me entra en la cabeza cómo hemos podido provocar un conflicto mucho mayor.

Otto Hoffmann saboreaba la sopa de Etty y escuchaba atentamente, hasta que decidió intervenir.

—Para un alemán no es tan difícil de entender, Etty. ¿Crees que se puede acorralar a un león entre cuatro paredes? ¿Crees que puedes amedrentarle con un palo, como si fuera un perrillo? Eso fue lo que pretendieron los aliados cuando obligaron a Alemania a firmar la Paz de Versalles.

—¿Está seguro, doctor Hoffmann?

—¡Claro que lo estoy! Recuerda que no hubo negociaciones, solo imposiciones. Los delegados alemanes no pudieron discutir las condiciones, tuvieron que decir amén porque lo contrario habría equivalido a la reanudación

de la guerra, con la invasión de Alemania por los aliados. ¡Dónde se ha visto algo semejante!

Clemens aprovechó la pausa para completar la acalorada intervención de su hermano.

–Además de cometer una gran injusticia, creo que Francia e Inglaterra pensaron que podían convertir al león germano en un manso gatito, y lo único que lograron fue alimentar su enfurecimiento. Esa enorme equivocación y esa repugnante prepotencia es lo que ahora estamos pagando todos.

–¿Tú también lo ves así, Jerzy? –preguntó Ety.

Tu tío asintió con la cabeza y levantó su vaso para que Boris le sirviera otro trago de vodka. Después de apurarlo, aventuró un pronóstico demoledor.

–A mí lo que me abruma son las consecuencias de esta guerra, pues estoy de acuerdo con las causas señaladas por Otto y Clemens.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Leo.

–Creo que, si esto no acaba pronto, podrán morir más de cincuenta millones de personas, entre militares y civiles. Los heridos, como es lógico, superarán a los muertos. Y los desplazados también vamos a ser muchos millones. Nunca en la historia de la humanidad se habrá visto algo parecido.

Jerzy nos había dejado a todos en silencio, con expresión sombría, intentando imaginar la locura de esas cifras y su imposible traducción en sufrimiento, pero no había terminado.

–Os habéis quedado mudos –observó–. Y todavía no nos hemos preguntado por una cuestión quizá más grave:

¿qué sucederá si Europa pierde la guerra y cae en manos de Hitler?

Antes de que nadie pudiera responder, el agua comenzó a silbar en la tetera. ETTY se levantó y se dispuso a servirnos la infusión. Si días antes éramos desconocidos para ella, ahora llevaba la batuta con la soltura de una compañera de colegio que hubiera crecido a nuestro lado. En el Palace es nuestra invitada, pero se las arregla para cambiar de papel y convertirse en anfitriona sin que nos demos cuenta. Y entonces reparte juego: nos hace hablar mientras permanece en silencio, demuestra inteligencia para plantear las cuestiones, paciencia para escuchar con atención y tino para intervenir. Fuera, en el campo, su conversación es culta, interesante y agradable, pero cuando viene al Palace prefiere callar, aprender, conocernos. A pesar de su delicada salud y sus dolores, atiende con los cinco sentidos y me parece que disfruta de esa tensión intelectual.

La noche anterior a su regreso a Ámsterdam, al despedirla en su zona, ETTY reconoció que éramos el grupo perfecto para la sobremesa: inteligentes, experimentados y fáciles de controlar.—Ponte fuerte y regresa pronto —le ordenó Boris.

Ella cruzó el portón y se volvió para lanzarnos su sonrisa como si fuera un manojo de flores.

Mi esposa

Tu madre, Daniel, sin haber terminado los estudios de enfermería hacía prácticas en el hospital Rothschild de Viena. Tenía veinte años, tres menos que yo, cuando me enamoré de ella. Estuvimos viéndonos durante diez meses. Íbamos al cine, bailábamos, caminábamos y hablábamos mucho. Yo la esperaba en la puerta de su residencia hasta que aparecía radiante con su vestido amarillo, sacudía su melena rizada y se reía de mi seriedad. En ella descubrí, por primera vez, la fuerza irresistible de la belleza. Fueron meses con el corazón encendido día y noche. Dejé de escuchar lo que decían los pacientes. Abría las historias clínicas y me parecía ver en sus hojas la imagen de tu madre. Mis libros de psiquiatría no me habían hablado de esa desviación obsesiva de la atención. Tuve que volver a los filósofos griegos para descubrir que Platón sabía mucho más que Freud.

Un sábado lluvioso, después de bailar hasta muy tarde, le pedí que se casara conmigo. Se mordió los labios y dio

un paso atrás bajo la farola que iluminaba la fachada de su residencia. Me dijo que no, que no estaba preparada para afrontar ese enorme compromiso. Y se le saltaron las lágrimas al verme desarbolado y comprender que todo mi mundo se había estrellado contra ese momento. Yo estaba clavado en la acera. Pasaban coches. Ella se alzó sobre las puntas de sus pies para poner un beso en mi mejilla helada y despedirse. Más tarde, me contó que al entrar en su habitación se dejó caer sobre la cama y estuvo sollozando sin poder contenerse, hasta que su amiga Nelly llamó suavemente a la puerta. «No es nada», mintió mientras se secaba las lágrimas y hacía el terrible descubrimiento de que ya había decidido casarse con aquel joven médico. La boda se celebró un mes más tarde.

Con el matrimonio entramos en otro mundo. Nos llovió del cielo el regalo de una felicidad inexplicable, inmerecida, que nos llevaba a preguntarnos con frecuencia: «¿Por qué a mí?». Éramos inmortales, llenos de una luz que deslumbraba a nuestros amigos. Aquello duró un año. Supongo que tú llegaste para confirmar que no fue un sueño.

Tal vez te preguntes, hijo, por qué te cuento esto. No lo sé. Quizá porque a menudo imagino la posibilidad de repetir esa historia, de recuperar la libertad fuera de Westerbork, de enamorarme y volver a vivir en plenitud...

Cartas de Etty

14 de agosto de 1942

Estimado Korman:

Un breve saludo desde esta gran ciudad. Camino por sus muchas calles y Westerbork me acompaña. Es curioso cómo, en tan poco tiempo, te compenstras con un lugar y sus gentes, de las que te cuesta tanto separarte. Me siento inexorablemente unida a ese campamento donde se fabrica el destino de tantas personas. No puedo explicarme por qué, tal vez con el tiempo lo aclare, pero en todo caso estoy decidida a volver allá. Saluda a Rosenberg y a todos. Para ti, un recuerdo afectuosísimo de Etty.

Primera carta de Etty. Yo tampoco me explico la atracción que Westerbork ejerce sobre ella. Todo un reto para un psiquiatra. Me sorprenden el encabezamiento y la despedida, pues siempre nos habíamos tratado con elegante distancia.

18 de agosto de 1942

Querido Korman:

Tan solo este retrato que ya tiene dos años, con un saludo, el más afectuoso de mi parte, para asegurarme de que no me olvidarás.

Etty

Copio la foto con mis lápices, Dani. No sé qué le pasa a esta muchacha. Ha escrito a los nueve jefes, pero solo conmigo es efusiva y a ninguno ha enviado una fotografía... La lectura de sus cartas en el Palace me convierte en el centro de las bromas. Por suerte, regresará pronto y dejará de escribirnos.

15 de septiembre de 1942

Korman, querido amigo:

Estoy ante mi escritorio; se respira tanta calma que me quedará unas horas más junto a mi lámpara. Mañana no regresaré a Westerbork. Una vieja herida ha resurgido en mi cuerpo y sigo un tratamiento desde anteayer. Tengo que improvisar una nueva forma de paciencia para hacerle frente a este inesperado estado de postración. ¿Me escribirás? ¡Hasta pronto!

La recaída de Etty es una mala noticia. Su ausencia coincide con la excesiva afluencia de prisioneros holandeses, provocada por la obsesión nazi de borrar a los judíos de la faz de la tierra. Un empeño tan perverso que no debe ser pronunciado y necesita el malabarismo lingüístico de *la solución final*.

Quien se hace con la palabra, Daniel, se hace con el poder, está claro. Hitler y sus secuaces, además de controlar los medios de comunicación, muestran una consumada habilidad para dar la vuelta al lenguaje. Como eufemismo, *la solución final* es perfecto, hasta el punto de enmascarar un genocidio.

22 de septiembre de 1942

Korman, amigo mío:

Me han entrado unas ganas súbitas de enviarte un saludo cálido e íntimo. ¿Rezaste y ayunaste ayer? ¿Fue todo bien con toda aquella gente? Pronto tendrás que contármelo... Sí, tendrás mucho que contarme. Estoy en mi escritorio, bebiendo leche como una recién nacida. Muchos amigos vienen a verme para poner en mis manos sus inquietudes. Trato de buscar dentro de ellos mismos las soluciones a sus desasosiegos. Saluda a tus compañeros. No hace falta que te diga mi hondo sentimiento de amistad por ti.

Por nuestras noticias, Etty conoce algo de lo que está sucediendo en Westerbork, intuye lo que omitimos y sufre. Tan solo ha pasado entre nosotros dos semanas de agosto, un tiempo insuficiente para conocer bien a una persona. Sin embargo, por invisibles atajos ha llegado directamente al afecto y la amistad, a sentir un cariño profundo y sereno hacia muchos de nosotros.

No deja de sorprenderme esa capacidad de amar, tan parecida a la solicitud de una madre, de una esposa. Prueba irrefutable son sus cartas. A Boris le gusta la calidad literaria de su prosa, llena de frescura y vivacidad; a mí, en

cambio, me asombra la calidad de su corazón. Todos en el Palace hemos recibido varias, igual que sus compañeras de barraca y muchas otras personas de Westerbork. ¿Cómo lo consigue? ¿Estarán escritas durante largas noches en vela? La pasada semana, por fin, correspondí con mi primera carta, tecleada en su propia máquina. Hoy me llega la respuesta.

28 de septiembre de 1942

¡Qué contenta debe sentirse mi desamparada máquina de escribir por haber concebido al fin un texto hermoso! Sí, un texto que evoca a ese lugar en cierta región de Holanda, con una pradera y casitas de madera, donde vive alguien llamado Osias Korman, con lindos ojos tras unas gafas, y que me conmueve hondamente cuando me dice: «Eres un ser realmente creativo, pues has creado en torno a mí algo que está vivo».

¡Qué vida tan rica me sale al encuentro desde tantos frentes!

La mitad de las noches se me van delante de mi escritorio, leyendo y escribiendo junto a mi lamparita. Cuando no haya más alambradas en el mundo, Osias, vendrás a mi habitación, tan hermosa y tranquila.

¿No es esto una velada declaración? ¿No me está proponiendo que al terminar la contienda vayamos de la mano por el mismo camino? «¡Qué vida tan rica me sale al encuentro desde tantos frentes!». ¿He leído bien? Me pregunto cómo puede estar Etty enferma, en medio de la

locura de un mundo en guerra, y al mismo tiempo desbordar optimismo. ¿De qué sustancia está amasada esta muchacha? Mis libros de psiquiatría no tienen la respuesta.

4 de octubre de 1942

Korman, querido mío, qué días tan difíciles debéis estar pasando... Y yo me siento consternada de no poder hallarme entre vosotros. Dentro de poco, el médico me pondrá inyecciones para fortalecerme. He de tener paciencia para pasar este estado de postración.

No te vayas antes de que yo regrese. ¿Me harás llegar alguna línea tuya de vez en cuando? Si no tienes tiempo, no te preocupes: lo entenderé y sabré que tú siempre estás ahí. Y ahora me voy a dormir. Amigo querido, te mando muchos saludos y mis mejores y más efusivos deseos, que deberían bastar para llenar los días sucesivos, hasta que te escriba de nuevo. No me olvides y prométeme que te vas a restablecer.

En un mes se ha triplicado la población del campo sin que el suministro de agua, los alimentos y el espacio hayan aumentado. De todas formas, por Magda y ciertos prisioneros que han estado en otros *lager* sabemos que en Westerbork podemos considerarnos casi privilegiados. Los trabajadores de algunos campos comienzan su jornada a las tres de la madrugada, están obligados a desplazarse al «trote SS» incluso cuando cargan materiales pesados, trabajan jornadas de dieciséis horas, pueden ser apaleados y ahorcados por abandonar su tarea...

Todo esto casa con los rumores que corren sobre Himmler, el jefe de las SS. De él se dice que está «alquilando» prisioneros de los campos a la industria privada, y también que los «rescata» a espaldas de Hitler para que trabajen como esclavos en sus propias fábricas, hasta que solo valen para ser eliminados en las cámaras de gas y los hornos crematorios.

9 de octubre de 1942

¡Korman! ¿Osias? ¿Podrá alcanzarte mi voz en medio de todo lo que os sucede en los últimos tiempos? Intento continuamente hacerme una idea de todo aquello. ¿Cómo vives ahora? Seguro que trabajas día y noche, y así te anegará la desesperación. ¿Pasas hambre? ¿Por qué soy tan tonta de estar enferma en vez de volver con vosotros? Me siento como una desertora por no estar junto a vosotros, pero estoy reuniendo todas mis fuerzas y, cuando estéis al borde de la extenuación, apareceré de repente y repondré vuestras energías. Cuando yo estaba allí, ¿era Westerbork un lugar idílico comparado con lo que es ahora? ¡Qué hermosos paseos dimos junto a la alambrada de púas y qué buenos amigos éramos! En tan poco tiempo y tan buenos amigos... ¿Tienes tiempo de dedicarme un pensamiento amistoso? ¿Podrás sacar fuerza de este gran sentimiento mío de amistad hacia ti, que es constante?

98 Ety conoció Westerbork la primera quincena de agosto, en el apogeo del suave verano holandés. Un día nos dijo que nuestra hierba salpicada de altramuces amarillos le parecía tan poética como los campos de girasoles de Van Gogh o las

amapolas que pinta Renoir en una ladera bañada por el sol. También aseguró que escuchaba a las alondras mejor que en Ámsterdam. «Cualquier mañana te llega su trino alegre desde los álamos del canal, y sientes por un instante la certeza de que la vida, a pesar de todo, es hermosa».

Cuando Etty nos confió ese sentimiento, Boris comentó que así son los regalos de Dios a los pobres. Ante la cara de aprobación que puso la muchacha, Boris redondeó su intuición y añadió que otros regalos de ese tipo son las lavanderas, los mirlos y los pinzones, que llegan después de las alondras. En plena vena lírica añadió que ahí no se agota la generosidad del Creador, porque a finales de abril, por San Marcos, llegan las golondrinas y empiezan a construir sus nidos bajo los aleros de los barracones. Y al final del día, cuando dejan de trabajar, juegan a perseguirse como los niños de Westerbork.

Etty tiene razón. Comparada con la caótica situación actual, la vida en Westerbork había sido un lujo. Entonces, nuestro aspecto externo era normal; ocupábamos habitaciones dignas, en casitas de madera; teníamos agua para beber y lavarnos; podíamos vestirnos, desvestirnos y usar el retrete con privacidad. Ahora, en cambio, levantamos barracones contrarreloj, tendemos ramales de ferrocarril a golpe de látigo, arrastramos piedras, cavamos letrinas y pasamos hambre.

La línea férrea que atraviesa el *lager* ha quedado conectada con las principales vías del país. La nueva red de ferrocarriles permite que se multipliquen las cacerías masivas de judíos por todo el territorio holandés. Los ríos humanos inundan Westerbork. Por eso, las deportaciones a los campos de exterminio se han hecho semanales. Como una larga procesión de ataúdes con ruedas, un tren parte puntualmente

todos los martes, abarrotado de judíos que cumplirán su sentencia de muerte en Auschwitz, Birkenau y Bergen-Belsen.

Acabo de escribir brevemente a Etty. Evito los detalles dantescos y repito las dos líneas de su segunda carta: «Estimada Etty: Tan solo un saludo, el más afectuoso de mi parte, para asegurarme de que no me olvidarás». Espero que se ría a gusto.

28 de octubre de 1942

Osias, mi fiel Osias:

Me encantaría escribirte cosas hermosas, algo hermoso desde el fondo de un corazón amigo... ¡Me puse tan contenta con tu última carta! Pero mis ojos se niegan a cooperar, son apenas las ocho de la noche y me muero de sueño. Tu amiga Etty es, por ahora, un ser humano que no sirve para nada, cuya ocupación primordial es dormir (por favor: duerme tú también, te lo ruego). Además, ingiero una vaca diaria y me estoy poniendo gorda y fea.

Westerbork está dentro de mí, empañándome. Y me atemoriza lo que veo. Hay mucha gente que antes comercializaba dentífricos y ahora judíos. Por lo demás, espero que estés bien, tranquilo y sereno... Es curioso, pero me da la sensación de conocerte desde hace años. Recibe el saludo más afectuoso de este ser muerto de sueño, llamado Etty.

Claro que me gustaría dormir, pero el trabajo en Westerbork nos roba horas de sueño. Las redadas masivas están

provocando hacinamiento y hambre. Esta penosa situación no ha preocupado al comandante Dischner hasta que han aparecido los primeros brotes de tifus y han muerto tres internos. Entonces, ha entrado en trepidación y ha ordenado deshacerse de los cadáveres de la forma más expeditiva, sin incineración ni sepultura, arrojándolos directamente a la sima de la granja Groten, a medio kilómetro del campo.

Ese pozo natural, de origen kárstico, es muy conocido en la zona por su profundidad. Para evitar accidentes, su pequeña boca se encuentra en el centro de un bosquecillo, protegida por arbusto denso y espinoso, muy difícil de atravesar. Como es lógico, la familia Groten ha protestado por lo que considera poco menos que allanamiento de morada. Pero Dischner les ha amenazado con confiscarles la granja y tirarles a ellos con los cadáveres.

Respecto a los infectados, hemos procedido a su inmediato aislamiento en un barracón que Clemens Hoffmann ha levantado de la noche a la mañana. Para no duplicar los posibles focos de infección, la misma barraca alberga hombres y mujeres, separados por un simple tabique central.

4 de noviembre de 1942

Oh, Korman... Korman querido...

Aquí el tiempo se ha vuelto húmedo y frío, y me pregunto cómo será allá, con tan poca comida y tan pocas mantas. Tengo un día de desasosiego, pensando en vosotros. ¿Qué tal estás? En uno de nuestros paseos, bordeando el campo amarillo de altramuces, hablamos sobre las personas y el cumplimiento de los deseos, ¿te

acuerdas? Creo que en la vida, bajo cualquier circunstancia, puedes descubrir algo positivo, pero lo que acabo de escribir solo tienes derecho a decirlo cuando has salido adelante en las peores adversidades. A veces pienso que es mejor agarrar la mochila y dejarse deportar.

Necesito caminar a solas. He subido al camino alto envuelto en el recuerdo de Ety. Entre los tilos hay un joven castaño. Sus hojas se despiden en noviembre con una policromía de verdes, ocres, marrones, pardos y amarillos. Al bajar parecían arder las hojas más altas de los álamos del canal, y una luna color melocotón se asomaba entre las nubes. Siguen llegando nuevos prisioneros holandeses, que se despiden como las hojas y marchan mustios en los vagones hacia Polonia. Cada día de este otoño es una triste despedida.

¿Agarrar la mochila y dejarte deportar? Esas cosas no debes ni pensarlas, Ety. Tú y yo no podemos rendirnos.

15 de noviembre de 1942

Buenos días, Osias:

El viernes regreso a Westerbork con Vleeschhouwer. Ayer me contó muchas cosas sobre las deportaciones y lo difícil que está la situación allí. En ocasiones pienso que lo único que se puede hacer es dejar fluir a borbotones esa pizca de humanidad que cada uno lleva dentro de sí. Todo lo demás es secundario. Bueno, ya hablaremos a finales de esta semana, si tienes tiempo... ¡Claro que tendrás tiempo! Me dará una alegría enorme volver a verte. Sí, una alegría descomunal...